¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA! ¡MUERAN LOS SALVAGES UNITARIOS!

LA GACETA MERCANTIL.

DIARIO COMERCIAL, POLITICO Y LITERARIO.

AÑOS 25 de su publicacion. No. 7,286 BUENOS AIRES, Viernes 18 de Febrero de 1848

¡VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA!
¡Mueran los salvages unitarios!
AVISO DE LA POLICIA.

De conformidad con lo prevenido en 24 de Enero próximo pasado, se señala al pan que se elabore desde el 15 del presente hasta el 29 del mismo; *nueve onzas* al peso de pan de buena calidad, y *diez y ocho* al de pan-baso—

Buenos Aires, Febrero 14 de 1848—

Juan Moreno—

Revista de Periódicos Nacionales.

El Editor.

De la última mision Anglo-Francesa al rio de la Plata.

En los asuntos políticos, como en las controversias forenses, hay dos cuestiones que son inseparables: la una que declara el derecho; la otra que determina las circunstancias, y que presenta el hecho en su verdadero aspecto, para hacer triunfar la justicia, que es el noble objeto de las leyes, ya sean públicas ó de las naciones, ya sean privadas ó de un solo estado.

A algunos principios generales que sirven de base al derecho internacional, se han ido aglomerando sucesivamente las estipulaciones especiales que los modifican ó anulan, segun la conveniencia ó el arbitrio de las partes. Estas obligaciones, libradas á la buena fé y al honor de los pueblos y de sus gobiernos, son las que mantienen el equilibrio político, y que afianzan los intereses positivos y materiales de las sociedades que tienden al mismo fin, que es remover las trabas que se oponen al libre desenvolvimiento de su prosperidad y grandeza. En el respeto á estos tratados, en la fidelidad á estos compromisos, estriba la paz del mundo, y los que realmente desean conservarla, no son los que los violan sino los que los cumplen.

¿Qué ha hecho la Francia, qué ha hecho la Inglaterra en todo el curso de estas inexplicables agresiones, iniciadas con el protexto de pacificar las Repúblicas del Rio de la Plata?– Esto es lo que nos proponemos indagar, con imparcialidad y con calma, reprimiendo en nuestro corazon cualquier sentimiento de rencor que naturalmente despierta el recuerdo de tantos y tan inmerecidos agravios.

Nada mas fácil que la primera parte de nuestra tarea que se contrae á la cuestion de derecho; porque no son muchos los tratados que tiene celebrados la Confederacion Argentina con las potencias extrangeras, por su corta existencia como nacion soberana é independiente: y los que han sido invocados por la Inglaterra y la Francia, para justificar su injusta intervencion en las cuestiones interiores de estos Estados, se reducen á uno solo, en que es indirecta la participacion de la Inglaterra, y relativa la de la Francia. Este tratado es la Convencion preliminar de paz, ajustada y firmada por los Plenipotenciarios Brasileros y Argentinos en Rio Janeiro, en 27 de Agosto de 1828, y ratificada por sus respectivos Gobiernos. Ni el de S. M. B., ni el Ministro que lo representaba entonces en el Brasil, figuran en estas transacciones; y el título que se ha atribuido la Inglaterra de garante de la independencia del Estado Oriental, creado por aquella convencion, no solamente es hipotético, sino que está explícitamente desmentido por un documento auténtico. Interpelado por los Negociadores Argentinos el Ministro Plenipotenciario de S. M. B. en la Corte del Janeiro, si tenia autorizacion suficiente para garantir, *en su capacidad oficial*, cualquier convenio ó tratado definitivo de paz entre la República y el Imperio del Brasil, contestó franca y terminantemente, *que no se hallaba autorizado por su Gobierno para contraer ningun compromiso para la garantia de cualquier convencion preliminar, ó tratado definitivo de paz.* (1) Esta contestacion, que reproducimos textualmente, no necesita comentarios para convencer del ningun derecho que tenia la Inglaterra de intervenir, como garante, en la guerra actual de la Confederacion Argentina con el gobierno intruso de Montevideo.

Y la Francia, que ha asumido el mismo carácter de garante, convino en el artículo 4.° de la Convencion de paz celebrada en 29 de Octubre de 1840, que el "Gobierno de Buenos Aires seguiría considerando en estado de perfecta y absoluta independencia á la República Oriental del Uruguay, en los mismos términos que lo estipuló en la Convencion preliminar de paz ajustada en 27 de Agosto de 1828 con el Imperio del Brasil:" lo que lógica y gramaticalmente quiere decir que, en la cuestion Oriental, los derechos de la Francia no son de mejor quilate que los de Inglaterra, y ya hemos visto cuan infundada es la pretension de esta potencia de haber garantido la independencia de aquel Estado. Entretanto, sin ningun derecho y sin ningun motivo, la Inglaterra y la Francia han descargado sobre gobiernos amigos y pueblos inocentes todos los azotes de una guerra destructora, anegando en sangre á una tierra abierta á su poblacion, á su comercio y á su industria, que, en medio de estos ataques, nunca han echado menos el apoyo de nuestras leyes, y la proteccion de nuestros magistrados.

Esta seguridad completa é inalterable de la poblacion y de los intereses extrangeros nos serviria á oponerla á los deseos de humanidad, en que se ha tambien pretendido fundar el derecho de intervencion, si no hubiesen sido desmentidos por las escenas de desolacion y de luto que la han acompañado, y que tan triste celebridad han merecido á sus autores. No necesitamos recordarlas. ¿Quien puede haber olvidado la Colonia, Gualeguaychú, el Salto, Paysandú, Obligado, y tantos otros lugares testigos del desenfreno y de la ferocidad de los Europeos, y del sacrificio cruento de los Americanos? ¡Descansad en paz, víctimas lamentables de la ambicion extrangera! Habeis acabado, como acaban los héroes: en el campo de la gloria, peleando con valor por los derechos de la Patria. Pronto amanecerá el dia en que vuestro ilustre Gefe, el esforzado y magnánimo General Rosas, levantará con sus manos el monumento de expiacion que debe transmitir vuestros nombres á la posteridad mas remota, y que no será el menor ornamento de esta tierra inviolada, que habeis regado con vuestra sangre y enaltecido con vuestro martirio.

El derecho que falta á la Inglaterra y á la Francia para intervenir en una cuestion puramente Americana, es perfecto é incontestable en la Confederacion Argentina, que sostiene la guerra, al lado de su aliado el General Oribe, Presidente legal del Estado Oriental, contra un bando traidor, que ha usurpado la autoridad pública en un estado amigo, para cooperar activamente al triunfo de poderes extraños. ¿Quien se atreveria á negar que habia llegado el caso previsto por el artículo 3.° de la Convencion preliminar de paz de 27 de Agosto de 1828? La rebelion, promovida y encabezada por Rivera contra las autoridades legítimas del Estado Oriental, no amagaba tan solamente su tranquilidad y seguridad interior, sino su misma independencia, de cuya conservacion se habia declarado responsable, por tratado, el Gobierno Argentino.

Sin poder para sobreponerse al órden legal, solicitó Rivera la proteccion de los Agentes Franceses para entrar á Montevideo, de donde lo rechazaban los odiosos recuerdos de toda su vida, y la inmoralidad de su última administracion. El Presidente Oribe, acometido por los odiosos é interminables pretensiones de los Agentes de la Francia, se hallaba trabado en todas sus medidas para sofocar la rebelion, que contaba con el apoyo y los elementos de la conquista. Entre una resistencia desesperada, y una protestacion enérgica contra el abuso de la fuerza de que se hacia uso para suplantarle, prefirió este último arbitrio, que tenia para sí el mérito de ahorrar á su patria, y á la misma autoridad que revestia, sacrificios costosos é inútiles. Dejó pues la ignominia de prostituirse ante una autoridad extraña al que se brindaba vilmente á ponerse á las órdenes de un Cónsul Frances, y se retiró á Buenos Aires sin comprometer su dignidad, y con la plenitud de sus derechos.

La ciudad de Montevideo, asiento del gobierno Oriental, quedó desde luego á merced de los Agentes Franceses que, segundados por el cabecilla de la rebelion, la convertieron en su cuartel general para llevar adelante las agresiones contra la Confederacion Argentina. Rivera, no solamente no se negaba á lo que le exigian el Cónsul Baradére y el Almirante Leblanc, sino que prevenia sus deseos con una impudencia, aun extraña en el hombre inmoral que tantas veces habia desertado de la causa de la independencia de su patria. Aun no habia recogido el fruto de su traicion, cuando mandó una de sus partidas á cooperar al asalto de la isla de Martin Garcia, en donde uno de estos facinerosos derribó el glorioso pabellon Argentino para sostituirle el de la Francia. Y, como descontento de la parte segundaria que le cabia en estos acometimientos, entró Rivera en relaciones y tratados con el gobierno de Corrientes, para atraerlo á la alianza de los enemigos de la Confederacion (2), á quien no tardó en declarar la guerra. (3)

Todas estas provocaciones obligaron al Gobierno Argentino á salir del sistema de moderacion que habia guardado hasta entonces, y á unir sus armas á las Orientales para combatir al enemigo comun que, perjuro á los principios de la independencia Americana, proclamados y sostenidos por todos los pueblos, se habia vendido á los Agentes Franceses para hacer mas efectiva su agresion contra la Confederacion Argentina: que habia contribuido al asalto y á la ocupacion de la isla de Martin Garcia: que habia convidado á los salvages Unitarios, asilados en el territorio Oriental, á armarse contra su patria: que habia celebrado pactos odiosos con los rebeldes en Corrientes para separar de la Confederacion esa Provincia Argentina, y engrosar las filas de sus enemigos; y que por fin habia declarado la guerra al Gobierno de Buenos Aires, acusándole de atentar á la independencia del Estado Oriental, que él solo comprometia y amagaba. Estos fueron los motivos y los fundamentos de la guerra: cumplimiento de los

(1) Contestacion de Lord Ponsonby, de 19 de Agosto de 1828.

(2) Tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la República Oriental del Uruguay, y la Provincia de Corrientes, ajustado en Montevideo el 13 de Diciembre de 1838.

(3) Manifiesto que hace el General en Gefe, investido del mando supremo de la República Oriental del Uruguay, de los motivos que justifican y hacen necesaria la guerra contra el Gobierno de Buenos Aires. Montevideo, 24 de Febrero de 1839.

Revue des Journaux Nationaux.

L'Editeur.

De la derniere mission Anglo-Française dans le Rio de la Plata.

Dans les questions politiques, comme dans les débats judiciaires, il y a deux questions qui sont inséparables; l'une qui déclare le droit, l'autre qui détermine le fait, et qui le présente sous son veritable point de vue, pour faire triompher la justice, qui est le noble objet des lois, soit publiques ou des nations, soit privées ou d'un seul état.

A quelques principes généraux qui sérvent de base au droit international, on a ajouté successivement les stipulations particuliéres, qui les modifient ou les annullent, selon la convenance ou la volonté des parties. Ces engagemens, livrés á la bonne foit et á l'honneur des nations et de leurs gouvernemens, maintiennent l'équilibre politique, et assurent les intérêts positifs et matériaux des sociétés, qui tendent au même but, qui est d'écarter les obstaclés qui s'opposent au libre développement de leur prospérite et de leur grandeur. C'est dans le respect á ces traités, dans la fidélite á ces engagemens que repose la paix du monde, et ceux qui désirent réellement la conserver, ne sont pas ceux qui les violent, mais ceux qui les accomplissent.

Qu'a fait la France, qu'a fait l'Angleterre dans tout le cours de ces inexplicables agressions, commencées sous le prétexte de pacifier les Républiques du Rio de la Plata? C'est ce que nous nous proposons de rechercher, avec impartialité et avec calme, en étouffant dans notre cœur tout sentiment de rancune que réveille naturellement le souvenir d'outrages si nombreux et si peu mérités.

Rien de plus facile que la premiére partie de notre táche qui se borne á la question du droit: n'étant pas beaucoup les traités que la Confédération Argentine a faits avec les puissances étrangéres, á cause de sa courte existence comme nation souveraine et indépendante; et ceux qui on été invoqués par l'Angleterre et la France, pour justifier leur injuste intervention dans les affaires intérieures de ces Etats, se réduisent á un seul, dans lequel est indirecte la participation de l'Angleterre, et relative celle de la France. Ce traité est la convention préliminaire de paix, conclue et signée á Rio Janeiro par les Plénipotentiaires Brésiliens et Argentins, le 27 Août 1828, et ratifiée par leurs Gouvernemens respectifs. Ni le Gouvernement de S. M. B., ni le Ministre qui le représentait, alors au Brésil, ne figurent pas dans ces transactions; et le titre que s'est attribué l'Angleterre de garant de l'indépendance de l'Etat Oriental créé par cette convention, n'est pas seulement hypothétique, mais il est explicitement démenti par un document authentique. Le Ministre Plénipotentiaire de S. M. B. á la Cour de Rio Janeiro, interpelé par les négociateurs Argentins s'il était suffisamment autorisé á garantir, *dans sa capacité officielle*, les stipulations du traité définitif de paix entre la République et l'Empire du Brésil, répondit franchement et catégoriquement, *qu'il n'était pas autorisé par son Gouvernement á contracter aucun engagement pour la garantie d'aucune convention préliminaire, ou traité définitif de paix* (1). Cette réponse, que nous reproduisons textuellement, n'a pas besoin de commentaire pour prouver que l'Angleterre n'avait aucun droit d' intervenir, comme garant, dans la guerre actuelle de la Confédération Argentine avec le gouvernement intrus de Montvideo.

Et la France, qui a pris le même caractére de garant, stipula dans l'article 4me. de la convention de paix du 27 Octobre de 1840 que "le Gouvernement de Buénos-Aires continuerait á considérer en état de parfaite et absolue indépendance la République Orientale, de la maniére qu'il l'a stipulé dans la convention préliminaire de paix, conclue le 27 Août 1828 avec l'Empire du Brésil:" ce qui logiquement et grammaticalement signifie que, dans la question Orientale, les droits de la France ne sont pas de meilleure condition que ceux de l'Angleterre, et nous avons déjá vu tout ce qu'il y a d'inconsistant dans la prétention de cette puissance d'avoir garanti l'indépendance de cet Etat. En attendant, sans aucun droit et sans aucun motif, l'Angleterre et la France ont déchargé sur des gouvernemens amis et sur des peuples innocens tous les fléaux d'une guerre d'extermination, et ont ensanglanté un pays ouvert á leur population, á leur commerce et á leur industrie qui, au milieu de ces attaques, n'ont jamais cessé de compter sur l'appui de nos lois, et sur la protection de nos magistrats.

Cette sécurité compléte et inaltérable de la population et des interéts étrangers nous servirait á l'opposer aux désirs d'humanité sur lesquels on a prétendu aussi fonder le droit d'intervention, s'ils n'avaient pas été démentis par les scénes de désolation et de deuil qui l'ont accompagnée et qui ont donné une si triste célébrité a leurs auteurs. Nous n'avons pas besoin de les rappeler. Qui peut avoir oublié la Colonia, Gualeguaychú, le Salto, Paysandú, Obligado, et tant d'autres entroits témoins de la licence et de la férocité des Européens, et du sacrifice sanglant des Américains? Reposez en paix, victimes lamentables de l'ambition étrangére! Vous avez fini comme finissent les héros: sur le champ de la gloire, combattant avec valeur pour les droits de la Patrie. Le jour n'est pas loin oú votre illustre chef, le vaillant et magnanime Général Rosas, élevera de ses mains le monument d'expiation qui doit transmettre vos noms á la postérité la plus reculée, et qui ne sera pas le moindre ornement de cette terre inviolée que vous avez arrosée de votre sang, et ennoblie par votre martyre.

Le droit qui manque á l'Angleterre et á la France pour intervenir dans une question purement Américaine, est parfait et incontestable dans la Confédération Argentine, qui fait la guerre, a côté de son allié le Général Oribe, Président légal de l'Etat-Oriental, contre une faction perfide, qui a usurpé l'autorité publique dans un état ami, pour coopérer activement au triomphe des deux puissances étrangéres. Qui oserait nier qu'était arrivé le cas prévu par l'article 3me. de la Convention préliminaire de paix de 27 Août 1828? La rébellion excitée et dirigée par Rivera contre les autorités légitimes de l'Etat-Oriental ne meneçait pas seulement sa tranquillité et sa sûreté intérieure, mais cette même independance, dont le Gouvernement Argentins s'etait déclaré responsable par des traités.

Sans force pour renverser l'ordre legal, Rivera demanda l'appui des Agens Français pour entrer á Montevideo d'oú le repoussaient les odieux souvenirs de toute sa vie, et l'immoralité de sa derniére administration. Le Président Oribe, en butte aux prétentions outrées et interminables de ces mêmes Agens, se voyait géné dans toutes ses mesures pour étouffer l'insurrection qui comptait sur la protection et sur les élémens de la conquête. Entre une résistance désespérée, et une protestation énergique contre l'abus de la force dont on se servait pour le culbuter, il preféra ce dernier moyen qui avait pour lui le merite d'épargner á sa patrie, et á l'autorité même qu'il représentait, des sacrifices coûteux et inutiles. Il laissa donc la honte de se prostituer á une autorité étrangére á celui qui avait eu la bassesse de se mettre aux ordres d'un consul de France, et il se retira á Buenos-Ayres sans compromettre sa dignité, et avec la plénitude de ses droits.

La ville de Montévideo, siége du Gouvernement Oriental, resta par conséquent á la merci des Agens Français qui, secondés par le chef de la rébellion, en firent leur quartier général pour donner plus d'élan á leurs agressions contre la Confédération Argentine. Rivera ne se bornait pas á faire ce que lui demandaient le Consul Baradére et l'Amiral Leblanc, mais il allait au devant de leurs désirs avec une impudence choquante même dans l'homme immoral qui avait deserté tant de fois la cause de l'independance de sa patrie. Il n'avait pas encore recueilli le fruit de sa trahison, quand il envoya un de ses détachemens prendre part á l'assaut de l'île de Martin Garcia, oú l'un de ces brigands abattit le glorieux pavillon Argentin pour y élever á sa place celui de la France. Et, comme mécontent du rôle secondaire qu'on lui laissait dans ces attaques, Rivera entra en correspondance et en pourparlers avec le Gouvernement de Corrientes pour l'attirer á l'alliance des ennemis de la Confédération (2), á laquelle il ne tarda pas de déclarer la guerre. (3)

Toutes ces provocations obligérent le Gouvernement Argentin á sortir du systéme de modération qu'il avait gardé jusqu'alors, et á unir ses armes á celles de l'Etat Oriental, pour combattre l'ennemi commun qui, perjure aux principes de l'indépendance Américaine, proclamés et soutenus par tous les peuples, s'était vendu aux Agens Français pour rendre plus effective leur agression contre la Confédération Argentine: qui avait coopere á l'assaut et á la prise de l'île de Martin Garcia: qui avait engagé les sauvages Unitaires, réfugiés dans le territoire Oriental, a prendre les armes contre leur patrie: qui avait fait des pactes odieux avec les rebelles de Corrientes pour séparer cette province Argentine de la Confédération et grossir les rangs de ses ennemis; et qui avait fini par déclarer la guerre au Gouvernement de Buénos-Aires, sous le prétexte d'attenter á l'indépendance de l'Etat Oriental, quand il n'y avait que lui qui la compromettait. Voilá les motifs et les fondemens de la guerre: exécution des traités, d'un côté; question de sûreté, de conservation et d'honneur, de l'autre. L'indiffé-

(1) Réponse de Lord Ponsonby, du 19 Août 1828.

(2) *Traité d'alliance offensive et défensive entre la Republique Orientale de l'Uruguay, et la Province de Corrientes, conclu á Montévideo le 13 Décembre* 1838.

(3) *Manifeste du Général en chef, investi du commandement suprême de la République Orientale de l'Uruguay, des motifs qui justifient et rendent nécessaire la guerre contre le Gouvernement de Buenos-Aires,* Montevideo, *le 24 Février* 1839.

Review of National Journals.

The Editor.

Upon the late Anglo-French mission to the River Plate.

In political affairs, as well as in forensic controversy, there are two inseparable questions: one which declares the right: the other which determines the circumstances, and presents the fact in its true light, for the triumph of justice, which is the noble object of the laws, be they public or those of nations, be they private or of a single State.

The special stipulations which modify or annul them, according to the convenience or will of the parties interested, have been successively added to some general principles which serve as a basis to international laws. These obligations, entrusted to the good faith and honor of the people and their Governments, are those which maintain the political equilibrium, and which insure the positive and material interests of societies tending to the same object, which is to remove the difficulties, which oppose the free development of their prosperity and aggrandizement. Upon the respect to these treaties, and fidelity in these engagements depends the peace of the world, and those who really wish to preserve it, are not those who violate them, but those who comply with them.

What has France done, what has England done during the whole course of these inexplicable aggressions, initiated under the pretext of pacifying the Republics of the Plata? This is what we will endeavour to ascertain with impartiality and calmness, repressing any sentiment of hatred which the recollection of so many unmerited offences awake.

Nothing easier than the first part of our task, which is limited to the question of right; for the treaties which the Argentine Confederation has celebrated with foreign powers are not many, owing to its short existence as a sovereign and independent nation; and those which have been invoked by England and France to justify their unjust intervention in the internal disputes of these States, may be reduced to one, in which the participation of England is indirect and that of France relative. This treaty is the preliminary Convention of peace, adjusted and signed by the Brazilian and Argentine Plenipotentiaries in Janeiro on the 27th of August 1828, and ratified by their respective Governments. Neither the Government of H. B. M. nor the Minister then representing it in Brazil, figures in these transactions; and the character of guarantee of the Oriental independence, created by that convention, which England arrogated to herself, is not only hypothetical, but is explicitly refuted by an authentic document. The Minister Plenipotentiary of H. B. M. at the court of Janeiro, being asked by the Argentine negociators, if he was sufficiently authorized, *in his official capacity*, to guarantee any agreement or definitive treaty of peace between the Republic and the Empire of Brazil, frankly and in a determined manner answered, *that he was not authorized by his Government to make any engagement for guaranteeing any preliminary convention or definitive treaty of peace.* (1) This reply which we textually reproduce, requires no comment to prove that England had no right whatsoever to interfere, as guarantee, in the present war of the Argentine Confederation with the intrusive Government of Montevideo.

And France, which has assumed the same character of guarantee, agreed in the 4th article of the convention of peace, celebrated on the 29th October 1840, that "the Government of Buenos Ayres should continue to consider the Oriental Republic of Uruguay in a state of perfect and absolute independence, in the same terms in which it stipulated it in the preliminary convention of peace, adjusted on the 27th August 1828 with the Brazilian Empire; which logically and grammatically means that, in the Oriental question, the rights of France are no better than those of England, and we have already seen how unfounded is the pretension of that power, of having guaranteed the independence of that State. In the meantime, without any right and without any motive, England and France have inflicted upon friendly governments and innocent populations, all the scourges of a destructive war, bathing in blood a country open to their population, to their commerce and industry, which, in the midst of these attacks, have never ceased to receive the support of our laws and the protection of our Magistrates.

This complete and unalterable security of the foreign population and its interests, might be presented by us to oppose the wishes of humanity upon which they have also pretended to found their right of intervention, if they had not been refuted by the scenes of desolation and blood by which they have been accompanied, and which have afforded such pitiful celebrity to the authors of them. We need not bring them to mind. Who can have forgotten Colonia, Gualeguaychú, Salto, Paysandú, Obligado, and so many other places which have witnessed the unbridled ferocity of the Europeans, and the cruel sacrifice of Americans? Repose in peace, lamented victims of foreign ambition! You have died the death of heroes on the glorious field of battle, bravely fighting for the rights of the country. The day will soon dawn when your illustrious Chief, the undaunted and magnanimous General Rosas, will raise the monument of expiation which shall transmit your names to posterity, and which will not be the least ornament of this inviolate country, which you have deluged with your blood and exalted by your martyrdom.

The right which England and France are wanting in, to interfere in a question purely American, is perfect and incontestable in the Argentine Confederation, who carries on the war together with its ally General Oribe, legal President of the Oriental State, against a treacherous band which has usurped public authority in a friendly State, actively to co-operate in the triumph of foreign powers. Who will dare to deny that the case, foreseen in the 3rd article of the preliminary of Convention of peace of the 27th August 1828, had arrived? The rebellion promoted and headed by Rivera against the legitimate authorities of the Oriental State, did not only threaten its tranquility and internal security, but its very independence, the preservation of which the Argentine Government had declared itself responsible for by treaties.

Without power to overcome legal order, Rivera solicited the protection of the French Agents to enter Montevideo, which repelled him on account of the odious recollections of his past life, and the immorality of his last administration. President Oribe, harrassed by the odious and endless pretensions of the Agents of France, was embarrassed in all his measures to suffocate the rebellion, which depended upon the support and elements of conquest. Between a hopeless resistance and an energetic protest against the abuse of force employed for his overthrow, he preferred the latter, which had the merit of sparing his country and the very authority which he invested a dear and useless sacrifice. He left the ignominy of prostrating himself before a foreign authority, to the one who had basely offered to place himself under the orders of a French Consul, and he withdrew to Buenos Ayres, without compromising his dignity, and in the plenitude of his rights.

The city of Montevideo, seat of the Oriental Government, then remained at the mercy of the French Agents, who, seconded by the Chieftain of the rebellion, converted it into a garrison to forward their aggressions against the Argentine Confederation. Rivera not only complied with what the Consul Baradere and Admiral Le Blanc exacted from him, but even anticipated their desires with an impudence, wonderful even in the immoral man who had so often deserted the cause of the independence of his country. He had not yet reaped the fruit of his treason when he sent one of his parties to co-operate in the assault of the Island of Martin Garcia, where one of these villains pulled down the glorious Argentine flag, to substitute that of France. And, as if not satisfied with the secondary part he enacted in these events, Rivera entered into a correspondence and treaty with the Government of Corrientes, in order to draw it into the alliance of the enemies of the Confederation, (2) against which it soon declared war. (3)

All these provocations obliged the Argentine Government to depart from the system of moderation it had till then observed, and to unite its arms to those of the Orientals, to combat the common enemy who, betraying the principles of American independence, proclaimed and sustained by all the States, had sold himself to the French Agents to make their aggressions against the Argentine Confederation more effective: who had contributed to the assault and occupation of the Island of Martin Garcia: who had invited the ruthless Unitarians, sheltered in the Oriental territory, to take up arms against their country; who had celebrated odious compacts with the rebels of Corrientes, to separate this Argentine Province from the Confederation, and augment the forces of its enemies; and finally, who had declared war against the Government of Buenos Ayres, accusing it of attacking the independence of the Oriental State, which he alone threatened and endangered. These were the motives and foundation of the war: the fulfilment of treaties on one hand, a question of se-

(1) Reply of Lord Ponsonby, of 19th of August, 1828.

(2) *Treaty of an offensive and defensive alliance between the Oriental Republic of Uruguay and the province of Corrientes, celebrated in Montevideo the 13th December,* 1838.

(3) *Manifesto made by the Commander-in-chief, invested with the Supreme power of the Oriental Republic of Uruguay, of the motives which justify and render necessary the war against the Government of Buenos Ayres.* Montevideo, February 24th, 1839.

tratados por un lado, cuestion de seguridad, de conservacion y de honor por otro. La indiferencia hubiera sido culpable, y la paz habia llegado á ser imposible. La Confederacion Argentina no provocó, sino que fué provocada; y sus derechos eran tan positivos y evidentes, que á los que se atrevieron á impugnarlos, contestaron victoriosamente los órganos mas ilustrados de la opinion publica en Europa y América, y los mismos gefes de los gabinetes de Inglaterra y de Francia.

En esta guerra el Gobierno Argentino ha procedido siempre con una circunspeccion digna de los mayores elogios, la conducta de sus Generales, de sus Gefes, y de sus egércitos, ha correspondido dignamente á la del Gobierno. El mal ejemplo de los agresores nunca los ha desviado de la línea del honor, y de los principios de humanidad que tanto se les inculcaba en todas sus instrucciones. No son los Argentinos los que han saqueado los pueblos, degollado á sus habitantes, profanado los templos, insultado á los sacerdotes, contaminado las vírgenes, incendiado los buques, sacrificando á los prisioneros......Ninguno de estos atentados ha empañado el brillo de nuestras armas. Los que los han cometido son los que con el pretexto de humanidad, y con el nombre de pacificadores, han venido á prolongar una lucha que ya tocaba á su término. Si hubiese quien dudase de estos cargos, le mostraríamos las huellas sangrientas de la intervencion en las dos orillas del Plata, en las costas del Paraná, en las márgenes del Uruguay, donde se conservará por mucho tiempo el recuerdo de la perfidia de Purvis, de las atrocidades de Lainé, de la fria y calculada barbarie de Ouseley y Deffaudis. Todos ellos han comprometido seriamente los intereses de sus nacionales y la dignidad de sus gobiernos.

A tal grado llegaron los desafueros de los Agentes de la Inglaterra y de Francia en el Rio de la Plata, que obligaron muchas veces á sus propios Ministros á reprobarlos. »El Gobierno del Rey» escribia el Gefe del Gabinete de 1839 al Sr. Buchet de Martigny que le anunciaba la ocupacion de la isla de Martin Garcia, »*ha sentido vivamente* que esta expedicion no haya conservado un »carácter exclusivamente Frances, y que haya tomado parte en ella un desta- »camento de las tropas de Fructuoso Rivera. Esta asociacion de empresas »militares contra Buenos Aires entre el comandante de nuestras fuerzas navales, »y un general que no era mas que *un gefe de insurgentes*, constituia un hecho »de una naturaleza muy grave en sí mismo, y podia arrastar á los mas serios »resultados. Importaba, en efecto, en una accion como la que ejercemos en este »momento contra el Gobierno Argentino, que las medidas puramente coercitivas »no tomasen eso carácter agresor y hostil, que apenas permite distinguirlo del »estado de guerra abierta. No importaba menos evitar toda clase de ingerencia »positiva en los negocios interiores de las Repúblicas de Montevideo y Buenos »Aires, así como en las disputas que puedan tener entre sí.»

Este lenguage es muy distinto del que tuvo despues el Sr. Thiers sobre los mismos asuntos. Pero el Mariscal Soult hablaba con la dignidad que corresponde á un consegero de la Corona, y no con el encono de un opositor ó la arrogancia de un tribuno. Y lo que prueba que hasta la llegada de los últimos Plenipotenciarios nunca ha variado la conducta de los Agentes Franceses é Ingleses en la cuestion del Rio de la Plata es, que los mismos sentimientos expresados por el Ministerio Frances en 1839, han sido repetidos por el Honorable Lord Howden con motivo de la invasion del Paraná y del combate de Obligado. Entretanto los que se habian desviado de las órdenes recibidas, ó para valernos de las palabras del Sr. Guizot, *los que siempre han mal ejecutado, ó mal entendido sus instrucciones*, han sido remunerados, lo que ha hecho mas sospechosa la política de esos gabinetes, que protestan de sus miras pacíficas, y recompensan á los que vienen á hostilizarnos; y esta desconfianza se aumenta al considerar la contradiccion que resalta entre sus palabras y sus actos.

¡Cuantas veces los órganos principales de esos poderes agresores se han expresado contra la intencion de intervenir á mano armada en los asuntos domésticos de otros estados.........¿ »El respeto del Gobierno de S. M. por la soberanía »independiente de los Gobiernos cantonales, (escribia Lord Aberdeen al Sr. Morier, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. B. en Suiza) »le impedirá siempre de ofrecer ningun consejo ó aviso que podria hacer suponer »que tuviese el deseo de intervenir en los asuntos interiores de la Suiza... ..... »El Gobierno de S. M. reconoce el respeto debido á las libres resoluciones de un »estado soberano en las materias que conciernen exclusivamente su propio bien- »estar y su política interior.» (4)

Y mas austeros eran los conceptos vertidos por Lord Palmerston en una nota al Sr. Bulwer, actual Ministro Plenipotenciario de Inglaterra en Madrid. »El »Gobierno de S. M. está talmente penetrado de los inconvenientes de cualquie- »ra intervencion en asuntos interiores de los estados independientes, aun cuan- »do esta intervencion se limitase á consejos amistosos, que debo abstenerme de »invitarle á hacer la menor representacion á los Ministros Españoles sobre el »particular.» (5) Y en otra ocasion le escribia por el mismo estilo: »El estado »del pais es malo, el Gobierno es arbitrario, las Cámaras no son libres, la pren- »sa es oprimida, la misma justicia es administrada de un modo indigno, porque »se ejecutan sin juicio á los que han sido condenados irregular y arbitrariamen- »te......*Pero nosotros respetamos la independencia de cada estado.*»

Estos eran los principios que sostenia el Ministerio Ingles, cuando dejaba sin contestacion las reclamaciones del Gobierno de Buenos Aires contra los avances del Comodoro Purvis y del Comandante Pasley, que lo insultaban atrevidamente, antes que los Sres. Ouseley y Deffaudis hubiesen declarado oficialmente bloqueados los puertos Angentinos! Y esto lo hacian despues que el mismo Lord Aberdeen habia escrito al Sr. Mandeville, Ministro Plenipotenciario de S. M. B. en la Confederacion Argentina: »Con respecto á lo futuro tendrá »V. entendido que el Gobierno de S. M. *no quiere* que los oficiales al mando de »cualquier buque en el Rio de la Plata intervengan en la lucha entre Buenos »Aires y Montevideo.» (6)

Ni ha sido menos contradictoria la conducta de la Francia desde que encargó á un *éléve-consul* [algo menos que un vice-cónsul] de tratar con el Gobierno de Buenos Aires para arrancarle indemnizaciones y concesiones á favor de los súbditos Franceses que ningun derecho tenian para pedirlas. Era el tiempo de los *ultimatum*, y el que el Baron Deffaudis habia lanzado contra Méjico habia excitado un sentimiento de reprobacion general en el orbe civilizado por el tono insolente y las pretensiones desmedidas de este *gendarma* de la diplomacia francesa. El *éléve-consul* en Buenos Aires no quiso ser menos del Plenipotenciario Frances en Méjico; y usando ampliamente de las facultades que habia recibido del Conde Molé su Ministro, intimó al Gobierno Argentino de gratificar á los que habian infringido las leyes del pais, y de destituir á los que las habian egecutado: exigiendo al mismo tiempo privilegios y execiones para todos los Franceses, residentes ó transeuntes, y amenazando con medidas coercitivas y bloqueos, si no correspondia, *en el término perentorio de 48 horas*, »á estas pruebas de »afeccion y aprecio de la Francia, siempre moderada é indulgente, aun cuando »tiene en su favor la razon y el buen derecho.» (7)

El General Rosas hizo de estas baladronadas el caso que debia—Le contestó, no á las 48 horas, sino á los 25 dias, del modo convincente y decoroso, que no pueden haber olvidado los que han leido la impugnacion que hizo, por su órden, del ultimatum del Sr. Roger el Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Buenos Aires. No por esto se retrajo el Almirante Frances, que dejó bloqueados los puertos Argentinos con incalculable perjuicio del pais y del vasto comercio de todas las naciones en el Rio de la Plata. Ni era de extrañarlo, porque la lucha no era de principios sino de fuerza, y faltaba á la Confederacion Argentina la que se necesita para resistir á uno de los grandes poderes marítimos de Europa y del mundo.

Mientras que esto sucedia en Buenos Aires, los Ministros Franceses protestaban de su respeto por la independencia de las naciones, y sobre todo de los Estados Americanos. »No nos corresponde, [contestaba un dia el Sr. Guizot á unos de los partidarios mas acérrimos de la intervencion] no nos corres- »ponde ocuparnos de lo que sucede en los gobiernos Americanos; no de- »bemos tomar parte por los unos contra lo otros. Esto es sobre todo el caso »de aplicar el principio de no intervencion en todo su rigor. A tanta distan- »cia, en la ignorancia en que estamos de las verdaderas causas de los aconteci- »mientos, de la verdadera fuerza de los partidos, hay mas que imprudencia, per- »mitidme decirlo, hay un ciego orgullo en pretender decidir de que lado está el »derecho; quien es moderado, quien es violento; en abrazar el partido de los »unos contra los otros, y en comprometer á la Francia en asuntos que no son »suyos, *en intereses en que no tiene la menor parte.*» (8)

Lo que hacia creer que estos conceptos eran la exposicion de un sistema, ó el fruto de una profunda meditacion, es que fueron reproducidos dos años despues delante de la misma Asamblea—»El Gobierno (contestó el Sr. Guizot al Sr. Glais-Bizoin, fautor de las mismas doctrinas del Sr. Mermillod) en sus relacio- »nes con los paises lejanos, y sobretodo con las Repúblicas de la América Me- »ridional, tiene dos reglas de conducta. La una es no intervenir en los nego- »cios interiores; no volver á empezar lo que fué un error para nosotros; no to- »mar parte en las disensiones intestinas; no empeñarse en hacer triunfar un »estado sobre otros. Nuestra segunda regla es acordar á los intereses franceses »y nacionales una proteccion eficaz.» (9) Y en una época mas cercana, y á un competidor mas eminente, que reprobaba la falta de accion del Ministerio en los negocios de España, dijo el mismo Sr. Guizot con igual convencimiento— »El Honorable Sr. Thiers se manifiesta siempre quejoso de que no háyamos »intervenido en España en 1836, y mira todo cuanto ha sucedido despues como »un gran infortunio para España, y un efecto de la no-intervencion de entonces. »Señores, creo que nadie aquí, ni en España misma, participe de esta opinion. »El Honorable Sr. Thiers extraña que se haya pedido á España de salvarse á »sí misma. Sí, Señores, se le ha pedido de salvarse á sí misma, y se ha sal- »vado.» (10)

Con la misma contradiccion han sido tratadas por los Ministros Franceses las cuestiones accesorias á que daba lugar el egercicio violento del falso derecho de intervencion que se habian arrogado. El desarme de la titulada legion Francesa, sobre ser una consecuencia del estado de neutralidad en que se habia constituido la Francia al principio de nuestra contienda con el gobierno intruso de Montevideo, era una exigencia de las leyes civiles de su pais, que prohiben severamente á los Franceses de alistarse en el servicio militar de una potencia extrangera, sin la autorizacion del Rey. (11) El Señor Guizot, en un documento que está en el dominio del público, reclamó la aplicacion de esta ley en la cuestion de Marruecos, designando hasta el modo de llevarla á efecto—»En cuanto á los auxilios que el Emperador se ha compro- »metido de no suministrar y de no permitir que se suministren en sus estados á »Abd-el-Kader, ó á cualquien otro enemigo de la Francia, lo primero que de-

(4) Despacho de 11 de Febrero de 1845.
(5) Despacho de 19 de Junio de 1846.
(6) Despacho de 5 de Abril de 1843.
(7) Véase la conclusion del *Ultimatum* del Sr. Roger.
(8) Contestacion del Sr. Guizot al Sr. Mermillod, en la sesion de la Cámara de los Diputados de 29 de Febrero de 1841.
(9) Sesion de 27 de Marzo de 1843.
(10 Sesion de 28 de Mayo de 1846.
(11) Código civil de los Franceses, art. 21.

rence aurait été coupable, et la paix était devenue impossible. La Confédération Argentine n'a point provoqué, elle l'a été, et ses droits étaient si positifs et si évidens que ceux qui osérent les attaquer furent victorieusement réfutés par les organes les plus éclairés de l'opinion publique en Europe et en Amérique, et par les chefs des cabinets d'Angleterre et de France eux-mémes.

Dans cette guerre, le Gouvernement Argentin a toujours agi avec une circonspection digne des plus grands éloges, et la conduite de ses géneraux, de ses chefs et de ses armées, a dignement répondu á celle du Gouvernement. Le mauvais exemple des agresseurs n'a jamais pu les écarter du chemin de l'honneur, et des principes d'humanité qu'on leur recommandait d'observer dans toutes leurs instructions. Ce ne sont pas les Argentins qui ont saccagé les villages, egorgé les habitans, profané les temples, outragé les prétres, violé les vierges, brulé les navires, immolé les prisonniers......Aucun de ces forfaits n'a terni l'éclat de nos armes. Ceux qui les ont commis sont ceux qui, sous le prétexte d'humanité et sous le nom de pacificateurs, sont venus prolonger une lutte qui touchait á son terme. Si l'on doutait de ces inculpations, nous montrerions les traces sanglantes de l'intervention sur les deux rives de la Plata, sur les côtes du Paraná, sur les bords de l'Uruguay, où l'on gardera long-temps le souvenir de la perfidie de Purvis, des atrocités de Lainé, de la barbarie froide et calculée d'Ouseley et de Déffaudis. Tous ces messieurs ont compromis sérieusement les intéréts de leurs nationaux, et la dignité de leurs gouvernemens.

Les excés des Agens de l'Angleterre et de la France dans le Rio de la Plata arrivérent á un tel point, qu'ils obligérent plusieurs fois leurs propres Ministres a les reprouver. »Le Gouvernement du Roi, ecrivait le Chef du Cabinet de 1839 á M. Buchet de Martigny, qui lui avait annoncé l'occupation de l'île de Martin Garcia, »*a vivement regretté* que cette expédition n'ait pas conserve »un caractére exclusivement Français, et qu'un detachement des troupes de »Fructuoso Rivera y ait coopéré. Cette association d'entreprises militaires »contre Buenos Ayres entre le commandant de nos forces navales, et un général »qui n'était qu'*un chef d'insurgés*, constituait un fait d'une nature fort-grave »en lui-méme, et pouvait entrainer les consequences les plus sérieuses. Il im- »portait, en effet, dans une opération du genre de celle que nous employons »en ce moment contre le Gouvernement Argentin, que des mesures purement »coercitives ne prissent point ce caractére agressif et hostile, qui permet á peine »de le distinguer de l'état de guerre ouverte. Il n'importait pas moins d'éviter »toute ingérence positive dans les affaires intérieures des République de Mon- »tevideo et de Buénos Ayres, comme dans les querelles qu'elles pouvaient avoir »entre elles.»

Ce langage est bien différent de celui que M. Thiers a tenu depuis sur les mémes affaires. Mais le Maréchal Soult parlait avec la dignité qui convient á un conseiller de la Couronne, et non pas avec la rancune d'un opposant, ou avec l'audace d'un tribun. Et ce qui prouve que jusqu'á l'arrivée des derniers Plénipotentiaires, il n'y a pas eu de changement dans la conduite des Agens Français et Anglais dans la question du Rio de la Plata, c'est que les mémes sentimens exprimés par le Ministére Français en 1839, ont été répétés par l'Honorable Lord Howden á l'occasion de l'invasion du Paraná et du combat d'Obligado. En attendant, ceux qui s' étaint écartés des ordres reçus, ou pour nous servir des paroles de M. Guizot, *ceux qui ont toujours mal exécuté, ou mal entendu ses instructions*, ont eté approuvés; ce qui rend encore plus suspecte la politique de ces cabinets, qui protestent de leurs vues pacifiques, et qui récompensent ceux qui nous harcélent: et cette défiance s'accroit en voyant la contradiction qui existe entre leurs paroles et leurs actes.

Combien de fois les organes principaux de ces pouvoirs agresseurs se sont prononcés contre l'idée d'intervenir á main armée dans les affaires interieures d'un autre état...........? »Le respect du Gouvernement de S. M. pour la souve- »rainité independante des gouvernemens cantonaux, (écrivait Lord Aberdeen á M. Morier, Envoyé Extraordinaire et Ministre Plénipotentiaire de S. M. B. en Suisse) »l'empéchera dans tous les temps d' offrir aucun conseil ou avis qui »pourrait faire supposser qu'il ait le désir d' intervenir dans les affaires intérieu- »res de la Suisse......Le Gouvernement de S. M. reconnait le respect qu'on »doit aux libres résolutions d'un état souverain dans les matiéres qui regardent »exclusivement son propre bien-étre et sa politique intérieure.» (4)

Et Lord Palmerston s'exprimait encore avec plus de sévérité dans une de ses notes á M. Bulwer, Ministre Plenipotentiaire actuel d'Angleterre á Madrid. »Le Gouvernement de S. M. est tellement pénétré des inconveniens de toute »intervention dans les affaires intérieures des états indépendans, lors méme que »cette intervention se borne á des conseils amicaux, que je dois m'abstenir de »vous inviter á faire aucune représentation aux Ministres Espagnols á ce sujet» (5.) Et dans une autre occasion, il lui écrivait sur le méme ton—»L'état du »pays est mauvais, le Gouvernement est arbitraire, les Chambres ne sont pas »libres, la presse est enchainée, la justice elle-méme est administrée d'une ma- »niére indigne, parce qu'on exécute sans jugement ceux qui ont été condamnés »irréguliérement et arbitrairement ..... *Mais nous respectons l'indépendance »de chaque Etat.*»

Voilá les principes que professait le Ministre Anglais, quand on laissait sans réponse les reclamations du Gouvernement de Buenos-Aires contre les attentes du Commodore Purvis et du Commandant Pasley, qui l'insultaient audacieusement, avant que MM. Ouseley et Deffaudis ne fussent venus déclarer officiellement que les ports Argentins étaient bloqués! Et ils le fesaient aprés que le méme Lord Aberdeen avait écrit á M. Mandeville, Ministre Plenipotentiaire de S. M. B. prés la Conféderation Argentine: »Quant á l'avenir, vous devez »comprendre que le Gouvernement de S. M. *ne veut pas* que les officiers qui »commandent un navire quelconque dans le Rio de la Plata, interviennent dans »la lutte entre Buenos-Aires et Montevideo.» [6]

La condaite de la France n'a pas été moins contradictoire, depuis qu'elle chargea un *éléve-consul* (un peu moins qu'un vice-consul) de traiter avec le Gouvernement de Buenos-Ayres pour lui arracher des indemnités et des concessions en faveur des sujets Français qui n'avaient aucun droit de les demander. C'était le temps des *ultimatum*, et celui que le Baron Deffaudis avait lancé contre le Mexique, avait excité un cri de reprobation générale dans le monde civilisé, par le ton insolent et les pretentions excessives de ce *gendarme* de la diplomatie Française. L'éléve-consul á Buenos Ayres ne voulut pas étre moins que le Plénipontentiaire Français au Mexique, et usant librement des facultés qu'il avait reçues du Comte Molé son Ministre, il somma le Gouvernement Argentin d'indemniser ceux qui avaient forfaité aux lois du pays, et de destituer ceux qui les avaient exécutées; exigeant en méme temps des privileges et des exemptions pour tous les Français, domiciliés, ou voyageurs, et menaçant d'employer des mesures coercitives et des blocus si on ne répondait pas, *dans le terme péremtoire de 48 heures*, »á ces preuves d'affection et d'estime »de la France, toujours modérée et indulgente, méme lorsqu'elle a de son côté la »raison et le bon droit.» [7]

Le Général Rosas fit le cas qu'il devait de ces bravades. Il répondit, non pas au bout de 48 heures, mais aprés 25 jours, de la maniére noble et convainquante que ne peuvent pas avoir oubliée ceux qui ont lu la réfutation de l'ultimatum, qus le Ministre des Relations Extérieures fit par ordre du Governement de Buénos Aires, á M. Roger. Cela n'arréta pas l'Amiral Français, qui laissa bloqués les ports Argentins, au trés-grand détriment du pays, et du vaste commerce de toutes les nations dans le Rio de la Plata. Et il n'y avait rien d'étonnant en cela; car la lutte n'etait pas de principes, mais de force, et la Confédération Argentine n'avait pas ce qu'il fallait pour résister á une des grandes puissances maritimes de l'Europe et du monde.

Tandis que cela se passait á Buénos-Aires, les Ministres Français protestaient de leur respect pour l'independance des nations, et surtout pour celle des Etats Américains. »Nous n'avons pas á nous occuper [répondit un jour M. Guizot á un des partisans les plus chauds de l'intervention] nous n'avons pas á »nous occuper de ce qui se passe entre les Gouvernemens Americains: nous n' »avons pas á prendre parti pour les uns contre les autres. C'est surtout ici »le cas d'appliquer le principe de non-intervention dans toute sa ri- »gueur. A de telles distances, dans l'ignorance où nous sommes des veritables »causes des evénemens, de la véritable force des partis, il y a plus que de l' »imprudence, permettez moi de le dire, il y a un orguil aveugle á prétendre »déméler où est le droit, lequel est modéré, lequel est violent, á prendre parti »pour les uns contre les autres, et á engager la France dans des affaires qui ne »sont pas les siennes, *dans des intéréts où elle n'a aucune part.*» (8)

Ce qui fesait croire que ces paroles étaient l'exposition d'un systéme, ou le fruit d'une profonde méditation, c'est qu'elles furent répétées deux ans aprés, devant la méme assamblée. »Le Gouvernement (répondit M. Guizot á M. Glais-Bizoin, fauteur des mémes doctrines de M. Mermillod) dans ses rap- »ports avec les pays lointains, et surtout avec les Républiques de l'Amérique »Méridionale, a deux régles de conduite. L'une est de ne pas intervenir dans »les affaires intérieures; de ne pas recommencer ce qui á nos yeux a eté une »faute; de ne pas prendre parti dans les dissensions intestines; de ne pas s' »engager á faire triompher un état sur un autre. Notre seconde regle est d'ac- »corder aux intéréts Français et nationaux une protection efficace.» (9) Et á une époque plus rapprochée, le méme M. Guizot dit, avec la méme conviction, á un competiteur plus eminent, qui reprochait au ministére son inaction dans les affaires de l'Espagne. »L'Honorable M. Thiers ne cesse de regretter qu'on »ne soit pas intervenu en Espagne en 1836: il regarde tout ce qui s'est passé »depuis comme un grand malheur pour l'Espagne, et comme un effet de la »non-intervention: je ne crois pas que personne, en Espagne méme, partage »cette opinion. L'Honorable M. Thiers s'étonne qu'on ait demande á l'Espagne »de se sauver elle-méme. Oui, Messieurs, on lui a demandé de se sauver elle- »méme, et elle s'est sauvée.» (10)

Les Ministres Français ont traité avec la méme contradiction les questions accessoires aux quelles donnait lieu l'exercise violent du faux droit d'intervention qu'ils s'étaient arrogé. Le désarmement de la soi-disant légion Française, n'était pas seulement une conséquence de l'état de neutralité que la France avait adoptée au commencement de nos disputes avec le Gouvernement intrus de Montévideo, mais une exigence des lois civiles du pays, qui défendent sévérement aux Français de s'engager au service militaire d'une puissance étrangére, sans l'autorisation du Roi (11). M. Guizot, dans un document qui est dans les mains du public, réclama l'application de cette loi dans la question du Maroc, et il indiqua méme la maniére de l'exécuter—»Quant »aux secours que l'Empereur s'est interdit de fournir, ou de laisser donner dans »ses états á Abd-el-Kader, ou á tout autre ennemi de la France, la premiére »chose á faire pour l'accomplissement de cet engagement, devait étre de publier

(4) Dépéche du 11 Février 1845.
(5) Dépéche du 19 Juillet 1846.
(6) Dépéche du 5 Avril 1843.
[7] Voyez la fin de l'*Ultimatum* de M. Roger.
(8) Réponse de M. Guizot á M. Mermillod, á la séance de la Chambre des Députés, du 29 Février 1841.
(9) Séance du 27 Mars 1843.
(10) Séance du 28 Mai 1846.
(11) Code civil des Français art. 21.

curity, of preservation and honor on the other. To be indifferent would have been to be culpable, and peace would have become impossible. The Argentine Confederation did not provoke, but was provoked; and its rights were so positive and evident, that those who dared to oppose them, were victoriously answered by the most enlightened organs of public opinion in Europe and America, and by the most influential men in the English and French Cabinets.

In this war the Argentine Government has always proceeded with the most praiseworthy circumspection, and the conduct of its Generals, Chiefs and Armies, has been in accordance with that of the Government. The bad example of the aggressors has never induced them to deviate from the line of conduct so highly recommended in the instructions they received. It is not the Argentines who have sacked towns, cut the throats of the inhabitants, profaned the temples, insulted the priests, defiled virgins, burnt vessels, and sacrificed the prisoners......None of these outrages have tarnished our arms. Those who have committed them are those who under the pretext of humanity, and under the name of pacificators have come to prolong a struggle about to be terminated. Should any one doubt these charges, we could show him the bloody track of the intervention, on both banks of the Plata, on the coast of the Paraná, on the banks of the Uruguay, where the perfidy of Purvis, the atrocities of Lainé, and the cold calculating barbarity of Ouseley and Deffaudis, will not soon be forgotten. They have all seriously compromised the interests of their countrymen, and the dignity of their Governments.

The outrages of the Agents of England and France in the River Plate were carried to such an extent, that their very Ministers were often forced to reprove them. »The Government of the King,» wrote the leading man of the Cabinet of 1839 to M. Buchet de Martigny, who informed him of the occupation of Martin Garcia, »*has sincerely regretted* that this expedition »should not have preserved a character exclusively French, and that a detach- »ment of the troops of Fructuoso Rivera should have taken a part in it. This »association of military operations against Buenos Ayres between the Com- »mander of our naval forces, and a General who was merely a *Chief of in- »surgents*, was an act of a most serious nature in itself, and might lead to »the most serious results It was in effect important, in our present position »respecting the Argentine Government, that the measures purely coercive »should not have that aggressive and hostile character which makes it hardly »distinguishable from an open state of war. It was not less important to avoid »all positive interference in the internal affairs of the Republics of Montevideo »and Buenos Ayres, as well as in the disputes they have between themselves.»

This language greatly differs from that of M. Thiers upon the same subject. But Marshal Soult spoke with the dignity suitable to an adviser of the Crown, and not with the rancour of opposition, or the arrogance of a Tribune. And what proves that up to the moment of the arrival of their last Plenipotentiaries, the conduct of the French and English Agents has never varied in the question of the Plata is, that the same sentiments expressed by the French Ministry in 1839, having been repeated by the Rt. Hon. Lord Howden on occasion of the invasion of the Parana, and the battle of Obligado. In the meantime those who had deviated from the orders they had received, or, to use the words of Mr. Guizot, *those who always have misunderstood or badly executed their instructions*, have been remunerated, which has rendered the policy of those cabinets the more to be suspected, which make protestations of their pacific views, and recompense those who come to hostilize us; and this want of confidence is augmented on considering the contradiction which appears between their words and their acts.

How often have the principal organs of these aggresive powers declared against the intention of interfering by force of arms in the domestic affairs of other States ....! »The respect of the Government of H. M. for the »independent sovereignty of the cantonal Governments,» (Lord Aberdeen wrote to M. Morier, Envoy Extraordinary and Minister Plenipotentiary of H. B. M. in Switzerland) »will always prevent it from offering any advice or coun- »sel which might lead to the supposition that it wished to interfere in the inter- »nal affairs of Switzerland......... The Government of H. M. acknowledges »the respect due to the free resolutions of a sovereign State in matters which »exclusively concern its own welfare and internal policy.» (4)

And more austere were the sentiments expressed by Lord Palmerston in a note to Mr. Bulwer, actual Minister Plenipotentiary of England in Madrid. »The Government of H. M. is so convinced of the inconveniences of any in- »tervention in the internal affairs of independent States even when that inter- »vention is limited to friendly counsel, that I shall abstain from requesting you »to make the least representation to the Spanish Ministers upon the subject.» (5) And on another occasion he wrote in the same style: »The state of the »country is bad, the Government is arbitrary, the Chambers are not free, »neither is the Press; even justice is administered in an unworthy manner, »because those who are improperly and arbitrarily condemned are executed »without trial......*But we respect the independence of every State.*»

These were the principles which the English Ministry sustained, while they left unanswered the reclamations of the Government of Buenos Ayres against the attacks of Commodore Purvis and Commander Pasley, which they daringly insulted before Ousely and Deffaudis had officially declared the Argentine ports blockaded! And they did this after the same Lord Aberdeen had written to Mr. Mandeville, Minister Plenipotentiary of H. B. M. in the Argentine Confederation: »With respect to the future you will understand, that the Govern- »ment of H. M. *does not wish* that the officers commanding any vessels in the »River Plate should interfere in the struggle between Buenos Ayres and Mon- »tevideo.» (6)

Nor has the conduct of France been less contradictory since it encharged an *Elevé-Consul* (something less than a Vice-Consul) to treat with the Government of Buenos Ayres to obtain indemnifications and concessions in favour of French subjects who had no right to demand them. It was the time of the *Ultimatums*, and the one which Baron Deffaudis had issued against Mexico excited a sentiment of general reprobation in the civilized world, owing to the insolent tone and extravagant pretensions of this *gendarme* of French Diplomacy. The Elevé-Consul in Buenos Ayres did not wish to remain behind the French Plenipotentiary in Mexico; and making full use of the powers with which he was invested by Count Molé his Minister, summoned the Argentine Government to recompense those who had infringed the laws of the country, and to dismiss those who had complied with them, exacting at the same time privileges and exemptions for all Frenchmen, residents or non-residents, and threatening with coercive measures and blockades, if it did not acknowledge in the peremptory term of 48 hours, »these proofs of the affection »and esteem of France, always moderate and indulgent, even when it has »reason and good right in its favour» (7).

General Rosas paid to those boasts the attention they deserved. He answered, not within 48 hours, but at the end of 25 days, in the convincing and dignified manner, which cannot have been forgotten by those who have read the refutation of M. Roger's *Ultimatum*, by the Minister for Foreign Affairs of the Government of Buenos Ayres, by his orders. The French Admiral did not recede on this account, he left the Argentine ports blockaded to the immense injury of the country, and of the vast commerce of all nations in the River Plate. Nor was this to be wondered at, for the struggle was not one of principles but of force, and the Argentine Confederation was in want of that which is necessary to resist one of the great maritime powers of Europe and the whole world.

Whilst this took place in Buenos Ayres, the French Ministers declared their respect for the independence of nations, and above all of the American States.— »We ought not,» (answered M. Guizot to one of the most decided partizans of the intervention) »to occupy ourselves with what takes place between »American Governments; we ought not to take part with either. This is above »all the case for applying the principle of non-intervention to its full extent— »At so great a distance, ignorant, as we are of the true causes of events, of the »real strength of parties, there is more than imprudence, allow me to say, »there is an excess of pride in pretending to decide on what side is the right; »who is moderate, who violent; in espousing the cause of one against the »other, and in compromising France in affairs which do not belong to her, »in interests in which she has not the least share.» [8]

What led to the belief that these were the manifestation of a system, or the fruit of profound meditation, is, that they were reproduced two years afterwards, in the same House. »The Government» (answered M. Guizot to M Glais-Bizoin, who countenanced the same doctrines as M. Mermillod) »in its »relations with distant countries, and above all with the Republics of South »America, has two rules of conduct. One is not to interfere in internal af- »fairs; not to recommence what was an error on our part; not to take part »in civil dissensions; not to endeavour that one State should triumph over »another. Our second rule is, to afford an efficacious protection to French »and national interests.» (9) And more recently, and to a more eminent competitor, who reproved the want of action in the Ministry respecting the affairs of Spain, M. Guizot said under the same conviction. »The honourable M. »Thiers always complains at our not having interfered in Spain in 1836, and »beholds all that afterwards happened as a great misfortune for Spain, and the »effect of our not having interfered at that period. Gentlemen, I think that »no one here, or even in Spain, will share in this opinion. The Hon. M. »Thiers wonders that Spain should have been asked to save herself unaided. »Yes Gentlemen, she has been asked to save herself unaided, and she has »done so.» [10]

The accessory questions which arose from the violent exercise of the false right of intervention which they had arrogated to themselves, have been treated by the French Ministers, in the same contradictory manner. The disarming of the so-called French Legion, besides being a consequence of the state of neutrality which France had adopted at the beginning of our dispute with the intrusive Government of Montevideo, was an exigency of the civil laws of their country, which severely prohibit Frenchmen from enlisting in the military service of a foreign power, without the authorization of the King. [11] M. Guizot, in a document which has been published, exacted the application of this law in the question of Morocco, designating the very way in which it was to be carried into effect. »With respect to the aid which the Emperor »has engaged himself not to afford, nor allow it to be afforded in his States, »to Abd-el-Kader, or to any other enemy of France, the first thing he ought

(4) Despatch of the 11th February 1845.
(5) Despatch of the 19th July 1846.
(6) Despatch of the 5th April 1843.
[7] See the last part of Mr. Roger's *Ultimatum*.
[8] Answer of Mr. Guizot to Mr. Mermillod, in the session of the Chamber of Deputies of the 29th February, 1841.
[9] Session of 27th March, 1843.
[10] Session of 28th May, 1846.
[11] French Civil code, art. 21st.

»bia hacer para cumplirlo, era publicar una órden soberana, que mandase á sus »súbditos de abstenerse de toda cooperacion de esta clase, *bajo las penas las »mas severas.*» (12)

La Francia no se hallaba en el mismo caso que el Emperador de Marruecos: no tenia que hacer nuevas leyes, sino pedir el cumplimiento de las existentes; y esto es lo que hizo en Montevideo, pero sin resultado, por la debilidad, ó mas bien connivencia de sus Agentes. Nadie ignora el modo ridiculo con que el Almirante Lainé dió por cumplidas las órdenes de su Gobierno, de no permitir, *bajo ningun pretexto*, que permaneciesen armados los Franceses residentes en Montevideo. En este hecho hubo por consiguiente la infraccion de una ley, y una resistencia á la voluntad del Gefe de Estado, porque fué en nombre del Rey que hablaron á sus compatriotas el Cónsul Pichon, el Contra-Almirante Massieu de Clerval, y su sucesor el Sr. Lainé. Este último, que se manifestó tan *satisfecho* de la transformacion á vista de la legion Francesa en legion Oriental, y que contestó á Vasquez que »se reputaba feliz de tener que transmitir á su Gobierno un acto »que, *por su franca y leal egecucion*, honraba al Ministerio de la República,» habia declarado cuatro dias antes al Gobierno Oriental que, »si en el término »de 40 horas no hacia cesar *el escándalo* del armamento de una parte de los »residentes Franceses, y no les retiraba las armas, sin permitirles *bajo ningun »pretexto*, de volverlas á tomar, por un decreto conforme á las intenciones del »Gobierno del Rey, miraria esta repulsa como atentatoria al respeto debido á las »leyes y al Gobierno de la Francia, como hostil á las relaciones existentes en»tre los dos paises, y obraria en consecuencia.» (13) Y ¿cuáles eran estas intenciones del Gobierno del Rey?—Dejemos al mismo Sr. Guizot el honor de expresarlas.

En los acalorados debates en la Cámara de los Diputados de Francia, en que el Sr. Thiers, de un modo tan incivil como poco parlamentario, reprochó al Ministerio el abandono que hacia de la poblacion Francesa en Montevideo, defendió el Sr. Guizot el tratado de 1840, que tambien fué atacado por el Sr. Thiers: »Por este tratado, dijo, el Almirante Mackau prestó un verdadero y eminente »servicio á su pais, asegurando á los Franceses en las riberas del Plata una si»tuacion que seria envidiable en todas partes: una situacion quizá sin egemplo »en la historia de los establecimientos de ese género. Y esta es la situacion »que queremos guardarles........ ...*Ya no estamos á merced de un puñado de »Franceses turbulentos, que quisieran por sus intereses empeñarnos en nuevas »complicaciones.*» (14)

Y basta leer lo que el mismo Ministro escribió al Señor Conde de Sainte-Aulaire, Embajador de Francia en Inglaterra, para comprender todo el disgusto con que el Gobierno Frances miraba la continuacion del armamento de sus nacionales en Montevideo. »Una parte de los Franceses establecidos en Monte»video creyó deberse alzar contra la política de no-intervencion de su gobierno. »A pesar de las reiteradas advertencias de su Cónsul esos Franceses tomaron las »armas para defender, contra el General Oribe, al actual Gobierno de aquella »República; y nada han omitido para comprometer en esa causa el pabellon »nacional, *arrogándose á si el derecho de paz y de guerra que solo al Rey per»tenece.* Hemos combatido esa pretension, *como era de nuestro deber hacerlo:* »el Cónsul del Rey en Montevideo ha defendido con energía el principio de la »neutralidad de los extrangeros. Sin embargo la legion Francesa no ha depu»esto las armas, y esa resolucion inesperada de una parte de los extrangeros, ha »prolongado la resistencia de la ciudad .....Esta situacion reclama un término »pronto, si no queremos dejar consumar la ruina de aquellos Franceses *que han »permanecido fieles á su deber*, y que con instancia reclaman nuestra protec»cion, en la desgraciada y peligrosa situacion en que *la obstinada ceguedad de »una parte de sus compatriotas ha contribuido tanto á precipitarlos.*» (15)

¿Como suponer que el Ministro encargado de hacer terminar esta situacion *tan peligrosa y desgraciada*, se esmeraría en agravarla del modo que lo hizo el Sr. Deffaudis? Y sin embargo esto es lo que ha sucedido: y si algo faltase para probar el desacuerdo de los Gobiernos interventores con sus Agentes, bastaria citar las palabras contradictorias dirigidas á las diputaciones de la titulada legion Francesa por el Conde Walewski, á su llegada y su salida de Montevideo.

¡Otra cuestion importante suscitada por los Ministros de Inglaterra y de Francia, es la de la navegacion de los rios interiores, cerrados, no al comercio extrangero, sino á sus banderas. Ninguna ley de la Confederacion impide la entrada de los artículos de importacion á todos los puntos de su territorio: lo único que mandan es que la internacion, ó circulacion de productos ó artefactos extrangeros, se haga en buques nacionales, si es por agua, y por los medios de conduccion empleados en el pais, si es por tierra. Esta disposicion, sobre estar conforme con lo que se practica en todos los estados, se funda—1.° En un decreto, que reserva exclusivamente la navegacion interior de los rios á los hijos del pais, ó á los extrangeros con carta de ciudadano, ó con mas de diez años de domicilio en el pais, y con familia Americana. (16) 2.° En el artículo 2.° de nuestro tratado de navegacion y comercio con la Gran Bretaña, que dice— »Los habitantes de los dos paises gozarán respectivamente de la franqueza de »llegar segura y libremente, con sus buques y cargas, á todos aquellos parages, »puertos y *rios* de dichos territorios, *adonde sea ó pueda ser permitido á otros »extrangeros llegar*, etc .....Y generalmente los comerciantes y traficantes de »cada nacion respectivamente disfrutarán de la mas completa proteccion y se»guridad para su comercio, *siempre sujetos á las leyes y estatutos de los dos »paises respectivamente.*» Y como el Gobierno Argentino á ningun extrangero ha permitido, ni permite, entrar al Paraná, ó al Uruguay, el primero del exclusivo dominio de la Confederacion, y el segundo del de esta y de la Repú»blica Oriental en comun, es evidente que la pretension de los que quieren navegarlos es injusta, y contraria á las leyes del pais, y al tenor de los tratados.

Por mas vehemente que sea el deseo de la Inglaterra y de la Francia de abrir estos rios á sus banderas y á sus buques, no han podido negar al Gobierno Argentino el derecho que tiene de excluirlos de su navegacion. »Me reputa»ria muy feliz, decia un dia Lord Aberdeen [con motivo de algunas peticiones presentadas á la Cámara de los Pares de Inglaterra por el Duque de Rich»mond, y de Lord Brougham] de poder contribuir de algun modo á abrir la »navegacion del Plata (17) »ó de todo otro rio en cualquier parte del mundo, »para facilitar y extender el comercio de nuestro pais. Pero no es cosa tan »fácil, como lo suponen los peticionarios, abrir lo que las autoridades legales »han declarado cerrado. Los peticionarios hablan de un tratado que, segun »dicen, les dá derecho á la navegacion del Rio de la Plata, y entre cuyos ar»tículos hay uno que asegura una reciproca libertad de comercio entre la Gran »Bretaña y las Provincias Unidas, y una perfecta libertad y seguridad para los »súbditos Británicos en su territorio. Este artículo es del tenor siguiente. [*El mismo que acabamos de transcribir*]. Parece pues que por dicho artículo lo »único que este pais tiene derecho á reclamar es lo que se concede á otros ex»trangeros.... Y el artículo se adelanta á decir que los súbditos de los dos paises »gozarán de perfecta seguridad para su comercio, *siempre sugetos á las leyes y »estatutos de los dos estados respectivamente.* De modo que este pais [la Inglaterra] está á merced de un estado soberano, que puede imponer leyes res»trictivas al comercio libre, con tal que nos conceda todo lo que disfruta la na»cion la mas favorecida.»........Y, contestando á una pregunta de Lord Ashburton, agregó en el curso del debate—»que Buenos Aires poseia la soberania »de ambas márgenes del rio, é impedia el acceso á cualquiera potencia mas ar»riba del rio, por el mismo derecho que tenemos de prohibir el tránsito á cual»quier buque extrangero por el Rio San Lorenzo.» [18]

Lo que resultaba de todas estas declaraciones, era, como se expresó el mismo Lord Aberdeen, que »el Gobierno Ingles no podia compeler *en justicia* al Go»bierno de Buenos Aires á conceder al comercio Británico el tránsito al Para»guay por el Rio Paraná.» [19] Pero quedaba siempre un arbitrio de vencer estas dificultades, y era de dejar al último oficial de la marina Inglesa ó Francesa la libertad de obrar con absoluta independencia de sus Gobiernos y de forzar el paso del Paraná y del Uruguay, aunque fuese á cañonazos, violando los tratados, y faltando á los decretos del Gobierno Argentino.

A nadie se ocultaba el verdadero objeto de los Gobiernos interventores: todos comprendian que no era el cuidado de la independencia Oriental, que nadie amagaba, el que los habia traido á estas playas: que otras eran sus miras, y muy distintas sus aspiraciones. Pero tan disimulados habian sido sus primeros pasos, tan falsas sus protestas, tan insidiosos sus manejos, que costaba trabajo hacer brotar la verdad al través de tantos errores, é ilustrar la opinion pública á tanta distancia de Europa, donde los mismos órganos oficiales se empeñaban en extraviarla.

El Gobierno Argentino, fuerte en sus derechos, lleno de confianza en los tratados, y mas que todo, en la lealtad de sus acciones, desdeñó contestar á sus detractores, y solo se decidió á desmentirlos cuando vió que sus imposturas servian de tema á los Agentes de algunos gobiernos para satisfacer su encono. A la lucha contra la Francia sucedió otra contra la Francia y la Inglaterra, que aun dura, despues de tantos esfuerzos para cortarla. Todas las concesiones que estaba en poder del Gobierno Argentino de hacer, para restaurar la paz en las dos orillas del Rio de la Plata, las ha hecho, y con una liberalidad que acredita la pureza de sus intenciones. Cuando trató con los Sres Ouseley y Deffaudis, se olvidó de las ofensas que habia recibido, de los perjuicios que le habian sido irrogados; y solo pensó en hacer reconocer los derechos de la Confederacion, porque era su deber afianzarlos. Con la misma generosidad procedió cuando, á instancia del Sr. Baron de Mareuil, apuntó privadamente sus ideas sobre el modo de arreglar estas cuestiones; y el estilo en que fueron redactadas manifiesta el empeño de evitar cualquiera alusion que pudiera avivar el recuerdo de las desavenencias pasadas. Lo único que reclamaba era el reconocimiento de sus derechos, y el cumplimiento de los tratados existentes.

Despues de estos antecedentes, ¿como podian imaginar los últimos Enviados de la Francia y de la Inglaterra, ó sus mismos Gobiernos, si son sus instrucciones las que los han extraviado, que el General Rosas, tan firmemente resuelto á no dejar perecer en sus manos los títulos de soberanía de la Confederacion Argentina, hubiera permitido que se mancillasen? Muy mal conoce el carácter de este Gefe el que lo crea capaz de estipular la degradacion de su patria. Mantenerla en la altura á que la han elevado sus nuevos destinos, restablecer el imperio de las leyes, afianzar sus instituciones, librarla de la anarquia, dejarla en fin libre, soberana é independiente, estos son sus votos, y nadie podrá arrancarlos de su corazon. Su voluntad es inalterable, como lo es el sentimiento po-

---

(12) Nota del Sr. Guizot, de 27 de Noviembre de 1844, al Sr. Mauboussin, Encargado de Negocios de Francia cerca del Emperador de Marruecos; publicada en el *Diario de Debates* de 12 de Enero de 1846.

(13) Oficio del Contra-Almirante Lainé, al titulado Ministro de Relaciones Exteriores de Montevideo, de 10 de Abril de 1844

(14) Sesion de la Cámara de los Diputados de Francia, de 28 de Mayo de 1844.

(15) Oficio del Sr. Guizot al Conde de Sainte-Aulaire, de 22 de Marzo de 1845.

[16] Decreto de 23 de Noviembre de 1816.

[17] Quiso decir el *Paraná*, porque el Rio de la Plata, desde la proclamacion de nuestra independencia, está abierto al comercio de todas las naciones.

[18] Sesion de la Cámara de los Lores de Inglaterra, de 27 de Junio de 1845.

[19] Contestacion á Lord Sandon, de 17 de Agosto de 1844.

»un ordre souverain, enjoignant á ses sujets de s'abstenir de toute assistance »semblable, *sous les peines les plus sévéres.*» (12.)

La France n'était pas dans le cas de l'Empereur du Maroc: elle n'avait pas de nouvelles lois á faire, mais á demander l'exécution de celles qui existaient déjá. C'est ce qu'elle fit á Montévideo, mais sans succés, par la faiblesse, ou plutót par la connivence de ses Agens. Personne n'ignore la maniére ridicule dont l'Amiral Lainé declara qu'on avait rempli les ordres de son Gouvernement, de ne pas permettre, *sous aucun prétexte*, aux Français résidant á Montévideo, de garder les armes. Il y eut par conséquent dans ce fait l'infraction d'une loi, et une résistance á la volonté du chef de l'Etat; car ce fut au nom du Roi que le Consul Pichon, le contre-Amiral Massieu de Clerval, et son successeur M. Lainé, s'adressérent á leurs compatriotes. Ce dernier, qui se montra si *satisfait* de la transformation á vue de la légion Française en légion Orientale, et qui répondit á Vasquez qu'il »s'estimait heureux d'avoir á transmettre á son »Gouvernement un acte qui, *par sa loyale et franche exécution*, honorait le Mi»nistére de la Republique,» avait déclaré quatre jours avant au Gouvernement Oriental que, »si dans le terme de 48 heures il ne fesait pas cesser le *scandale* »de l'armement d'une partie des résidans Français, et ne leur retirait pas les »armes, sans leur permettre, *sous aucun prétexte*, de les reprendre, par un dé»cret conforme aux intentions du Gouvernement du Roi, il regarderait ce refus »comme attentatoire au respect dû aux lois et au Gouvernement de la France, »comme hostile aux relations qui existent entre les deux pays, et agirait en con»sequence» (13). Et quelles etaient ces intentions du Gouvernement du Roi? Laissons au méme M. Guizot l'honneur de les exprimer.

Dans les débats orageux de la Chambre des Députés en France, dans lesquels M. Thiers, d'une maniere aussi impolie que peu parlamentaire, reprocha au Ministére l'abandon qu'il fesait de la population Française á Montevideo, M. Guizot défendit le traité de 1840 qui fut aussi le but des attaqués de M. Thiers— »Par ce traité, dit-il, l'Amiral Mackau a rendu un véritable et eminent service »á son pais, en assurant aux Français sur les rives de la Plata une situation qui »serait par tout digne d'envie: une situation peut-étre sans exemple dans l' »histoire des etablissemens de ce genre. Et c'est cette situation que nous vou»lons leur conserver... *Nous ne sommes plus maintenant á la merci d'une »poignée de Français turbulens, qui voudraient, pour leurs intérets, nous en»gager dans de nouvelles complications.*» (14)

Et il suffit de lire ce que le méme Ministre écrivait á M. le Comte de Sainte-Aulaire, Ambassadeur de France en Angleterre, pour se faire une idée du degout que causait au Gouvernement Français la continuation de l'armement de ses nationaux á Montevideo. »Une partie des Français établis »á Montévideo crut devoir se soulever contre cette politique de non-in»tervention de leur gouvernement. Malgré les avertissemens réitérés de »leur Consul, ces Français prirent les armes pour défendre le gouverne»ment actuel de cette République contre le General Oribe; et ils n'ont »rien omis pour engager dans cette cause le pavillon national, *en s'arrogeant »ainsi le droit de paix et de guerre qui n'appartient qu'au Roi.* Nous avons »combattu cette pretention, *comme il était de notre devoir de le faire:* le »Consul du Roi á Montevideo á defendu avec energie le principe de la neutra»lité des étrangers. Cependant, la légion Française n'a point déposé les ar»mes, et cette resolution inesperée d'une partie des étrangers a prolongé la »resistance de la ville.....Cette situation réclame un prompt reméde, si nous »ne voulons pas laisser consommer la ruine des Français *qui sont restes »fidéles á leur devoir*, et qui reclament instamment notre protection, dans »la situation périlleuse et critique dans laquelle *l'aveuglement opiniâtre d'une »partie de leurs compatriotes a tant contribué á les précipiter.*» (15)

Comment imaginer que le Ministre chargé de faire terminer cette situation *périlleuse et critique*, prendrait á tâche de l'agraver de la maniére que le fit M. Deffaudis? Et cependant c'est ce qui est arrive: et s'il manquait quelque chose á prouver le peu d'accord des gouvernmens intervenans avec leurs agens, il suffirait de citer les discours contradictoires adressés aux deputations de la soi-disante légion Française par le Comte de Walewski, á son arrivée, et á son depart de Montévideo.

Une autre question importante soulevée par les Ministres d'Angleterre et de France est celle de la navigation de nos riviéres interieures, fermées, non pas au commerce étranger, mais á ses pavillons. Les lois de la Confederation ne défendent pas l'entrée des articles d'importation á tous les points de son territoire: la seule chose qu'elles prescrivent c'est que l'introduction, ou la circulation des produits, ou des marchandises étrangéres se fasse sur des navires nationaux, si c'est par eau, et par les moyens de conduction employés dans le pays, si c'est par terre. Cette dispesition n'est pas seulement conforme á ce qui se pratique dans tous les pays, mais elle se fonde—1.° Sur un décret qui réserve exclusivement la navigation intérieure des riviéres aux nationaux, ou aux étrangers qui ont obtenu des lettres de naturalisation, ou qui ont plus de dix ans de domicile dans le pays, et avec une famille Américaine. [16] 2.° Sur l'article 2me. de notre traité de navigation et de commerce avec la Grande Bretague, qui dit: »Les habitans des deux pays, jouiront respectivement de la franchise d' arriver »súrement et librement, avec leurs navires et leurs chargemens, á tous les en»droits, ports et *riviéres* des dits territoires, où il est, et où il pourra étre permis »á d'autres etrangers d'arriver, etc...... .....Et en général, les commerçans et »les trafiquans des deux nations respectivement jouiront de la plus compléte »protection et sécurité pour leur commerce, *toujours soumis aux lois et aux statuts des deux pays respectivement.*» Et puisque le Gouvernement Argentin n'a pas permis, et ne permet pas á aucun etranger d'entrer dans le Paraná ou dans l'Uruguay, le premier de la domination exclusive de la Confédération, et le second appartenant en commun á la Confédération Argentine, et á la République Orientale, il est évident que la prétention de ceux qui demandent á les naviguer, est injuste, et contraire aux lois du pays et á la teneur des traités.

Quelque grand que soit le désir de l'Angleterre et de la France d'ouvrir ces riviéres a leurs pavillons et á leurs navires, elles n'ont pu contester au Gouvernement Argentin le droit qu'il a de les exclure de leur navigation. »Je m'estimerais tres-heureux, disait un jour Lord Aberdeen, [au sujet de quelques pétitions présentées á la Chambre des Pairs d'Angleterre par le Duc de Richmond et Lord Brougham] de contribuer par tous les moyens a ma portée, »á ouvrir la navigation de la Plata [17], ou de toute autre riviére dans »quelques partie du monde que ce fût, á fin de faciliter et d'étendre le commerce »de ce pays. Mais il n'est pas si facile que les pétitionnaires le supposent d' »ouvrir ce que les autorités du pays ont declaré fermé. Les pétitionnaires par»lent d'un traité qui, a ce qu'ils disent, leur donne droit á la navigation du Rio »de la Plata, et un des articles duquel assure une liberté réciproque de commer»ce entre la Grande Bretagne et les Provinces Unies, et liberté et súreté par»faites pour les sujets Britanniques dans leur territoire. Cet article est de la »teneur suivante. (*Le méme que nous venons de transcrire.*) Il parait donc »que par cet article ce que notre pays a le droit de réclamer est ce qu'on ac»corde á d'autres étrangers .....Et l'article ajoute que les sujets des deux pays »jouiront d'une súreté parfaite pour leur commerce, *se soumettant toujours »aux lois et aux statuts des deux états respectivement.* De maniére que ce »pays (l'Angleterre) est á la merci d'un état souverain, maitre de faire des lois »restrictives pour le commerce libre, pourvu qu'il nous accorde tout ce dont »jouit la nation la plus favorisée .....» Et répondant á une interpellation de Lord Ashburton, Il ajouta dans la méme séance—»Que Buenos Ayres pos»sedait la souveraineté des deux bords de la riviere, et en empéchait l'accés »aux autres puissances pour la remonter, par le méme droit que nous avons de »fermer le passage du Saint-Laurent á tout navire etranger.» (18)

Ce qui resultait de toutes ces déclarations c'était, comme le dit le méme Lord Aberdeen, »que le Gouvernement Anglais ne pouvait pas obliger *en justice* le »Gouvernement de Buenos-Ayres á accorder au commerce Britannique le pas»sage au Paraguay par le rio Paraná (19).» Mais il restait toujours un moyen de vaincre ces difficultés, et c'était de laisser au dernier officier de la marine Anglaise ou Française la liberté d'agir avec une indépendance parfaite de leurs gouvernemens, et de forcer le passage du Paraná ou de l'Uruguay, fût-ce méme a coups de canons, en violant les traités, et allant contre les décrets du Gouvernement Argentin.

Personne ne meconaait le veritable esprit des gouvernemens intervenans: il est evident que le soin de l'indépendance Orientale, que personne ne meneçait, n'était pas ce qui les avait attirés sur ces plages: que leurs plans et leurs aspirations étaient bien differens. Mais ils avaient mis tant de ruse dans leurs premiéres démarches, tant de fausseté dans leurs protestations, tant de mystére dans leurs intrigues, qu'on avait de la peine a faire jaillir la vérité á travers de tant d'erreurs, et d'eclairer l'opinion publique á une si grande distance de l'Europe, où les organes officiels eux mémes travaillaient á l'égarer.

Le Gouvernement Argentin, fort de son droit, plein de confiance dans les traités, et surtout, dans la loyauté de ses actes, dédaigna de répondre á ses détracteurs, et il ne se décida á le faire que lors qu'il vit que leurs calomnies servaient de théme aux Agens de quelques gouvernemens pour satisfaire leur rancune. A la lutte contre la France on succeda une autre contre la France et l' Angleterre, qui dure encore, malgré tous les efforts qu'on a faits peur la terminer. Toutes les concessions qu'il était au pouvoir du Gouvernement Argentin de faire pour rétablir la paix sur les deux rives de la Plata, ont été faites, et avec une libéralité qui montre la pureté de ses intentions. Quand il traita avec MM. Ouseley et Deffaudis, il oublia les offenses qu'il avait reçues, les pertes qu'il avait essuyées, et il ne songea qu'a faire reconnaitre les droits de la Confédération, parce qu'il était de son devoir de le faire. Il déploya la méme générosité quand, á la requéte de M. le Baron de Mareuil, il exposa, d'une maniére privée, ses idées sur le moyen de terminer cette querelle, et le style dans lequel elles furent rédigées montre le soin qu'il prit d'éviter toute allusion qui aurait pu réveiller le souvenir de la mesintelligence pasée. Il ne demandait que la reconnaissance de ses droits, et l'execution des traités existans.

Aprés cela, comment les derniers envoyés de la France et de l'Angleterre, ou leurs gouvernemens, si ce sont leurs instructions qui les ont égarés, ont-ils pu se persuader que le Général Rosas, si fermement décidé á ne pas voir perir entre ses mains les titres de souveraineté de la Confédération Argentine, les aurait laissés flétrir? C'est bien mal connaître le caractére de ce chef que de le croire capable de souscrire á la dégradation de sa patrie. La maintenir á la

---

(12) Note de M. Guizot, du 27 Novembre 1844, á M. Mauboussin, Chargé d'Affaires de France, prés l'Empereur du Maroc, publiée dans le *Journal des Débats* du 12 Janvier 1846.

(13) Note du Contre Amiral Lainé au soi-disant Ministre des Relations Exterieures de Montevideo, du 10 Avril 1844.

(14) Séance de la Chambre des Députés de France du 28 Mai 1844.

[15] Dépéche de M. Guizot au Comte de Sainte-Aulaire, du 22 Mars 1845

[16] Décret du 23 de Novembre 1816.

[17] Il a voulu dire le *Paraná*, car le Rio de la Plata, pepuis la proclamation de notre indépendance, est ouvert au commerce de toutes les nations.

(18) Séance de la Chambre des Lords d'Angleterre, du 27 Juin 1845.

(19) Réponse á Lord Sandon, du 17 Août 1844.

»to do to comply with it, is to publish a sovereign order, commanding his »subjects to abstain from every co-operation in that way *under the severest »penalties.*» [12]

France was not in the same case as the Emperor of Morocco: she had not to make new laws, but only to exact the fulfilment of the existing ones; and this is what she did in Montevideo, but to no effect, owing to the debility or rather to the connivance of her Agents. Every one knows the ridiculous manner in which Admiral Lainé reputed the orders of his Government of not allowing *under any pretext whatsoever*, that the French residents in Montevideo should remain under arms, to be complied with. In this case there was consequently the infraction of a law, and an opposition to the will of the Chief of the State, for it was in the name of the King that the Consul Pichon, Rear-Admiral Massieu-de-Clerval, and his successor M. Lainé, addressed their countrymen. The latter who appeared so *satisfied* with the transformation of the French Legion into an Oriental one, and who answered Vasquez, that »he considered himself fortunate in having to transmit to his Government an »act which, *by its loyal and frank execution*, did honor to the Ministry of the »Republic,» had four days before declared to the Oriental Government that, »if within the space of 48 hours he did not cause *the scandal* of the armament »of a part of the French residents to cease, and did not withdraw their arms, »without allowing them, *under any pretext whatsoever*, to take them up again, »by a decree in accordance with the intentions of the Government of the King, »he would consider that repulse as an outrage to the respect due to the laws »and Government of France, as hostile to the relations existing between both »countries, and would act accordingly.» (13) And what were these intentions of the Government of the King? We will leave the honour of stating them to M. Guizot himself.

In the warm debates in the French Chamber of Deputies in which M. Thiers, in an uncivil manner so ill becoming a member of Parliament, reproached the Ministry for abandoning the French population in Montevideo. M. Guizot defended the treaty of 1840, which was also attacked by M. Thiers: »By this treaty,» said he, »Admiral Mackau rendered his country a true and »eminent service, securing the French on the banks of the Plata a position »which would every where be enviable: a position perhaps without example »in the history of establishments of this nature. And this is the position we wish »to preserve for them........*We are now no longer at the mercy of a handful »of turbulent Frenchmen, who for the sake of their interests would engage »us in new complications.*» (14)

And it suffices to read what the same Minister wrote to Count St. Aulaire Ambassador of France in England, to comprehend the disgust with which the French Goverment beheld the arming of their countrymen in Montevideo. »A part of the Frenchmen established in Montevideo thought fit to revolt »against the policy of non-intervention of their Government. Notwithstanding »the repeated warning from their Consul, those Frenchmen took up arms »against General Oribe, to defend the actual Government of that Republic; »and they have omitted nothing for compromising the national flag in that cause, »*thus assuming the right of peace and war which belongs only to the King.* »We have opposed that pretension, *as it was our duty to do:* the Consul of »the King in Montevideo has defended the principle of neutratity of foreigners »with energy. Nevertheless the French Legionists have not laid down their »arms, and that unexpected resolution of a part of the foreigners has pro»longed the resistance of the city ....This state of affairs exacts a speedy »termination, unless we wish to consummate the ruin of those Frenchmen *who »have remained faithful to their duty*, and who have with urgency claimed »our protection, in the unfortunate and perilous situation in which *the obstinate »blindness of a part of their countrymen has contributed* so much to plunge »them.» (15)

How was it to be supposed that the Minister encharged with the termination of this situation *so perilous and unfortunate*, would exert himself to aggravate it in the manner in which M. Deffaudis has done? And notwithstanding, this is what has happened: and if anything should be wanting to prove the discordance between the interfering Governments and their Agents, it would suffice to quote the contradictory words addressed to the deputation of the so-called French Legion, by Count Walewski on his arrival at, and departure from Montevideo.

Another important question presented by the Ministers of England and France, is that of the navigation of the interior rivers, closed not to foreign commerce, but to their flags. No law of the Confederation prohibits the entry of articles of importation in all its territory: the only thing ordained, is that the importation or circulation of foreign produce or manufactures is to be effected in national vessels, if by water, and by the general medium of conveyance adopted in the country, if by land. This resolution, besides being in conformity with the practise of all States, is founded—1st, upon a decree, which exclusively reserves the interior navigation of the rivers to the natives of the country, or to foreigners with certificates of citizenship, or who have resided for more than ten years in the country and have an American family. (16) 2ndly. On the 2nd article of our treaty of navigation and commerce, with Great Britain, which states, that—»The inhabitants of both countries shall respectively »enjoy the liberty of »securely and freely arriving with their vessels and cargoes at all those places, »ports and *rivers*, of said territory, *where other foreigners are, or may be al»lowed to arrive, etc*........And in general the merchants and traders of each »nation shall respectively enjoy the most complete protection and security for »their commerce, *always subject to the laws and statutes of both countries »respectively.*» And as the Argentine Government has not permitted, nor permits any foreign flag to enter the Paraná or Uruguay, the first of the exclusive dominion of the Confederation, and the second, of the same Confederation in common with the Oriental Republic, it is evident that the pretension of those who wish to navigate them is unjust, and contrary to the laws of the country, and to the tenour of the treaties.

However vehement may be the desire of England and France to open these rivers to their flags and vessels, they have not been able to deny the right of the Argentine Government, to exclude them from their navigation. »I would »feel great pleasure,» said Lord Aberdeen (referring to some petitions presented to the House of Lords by the Duke of Richmond and Lord Brougham) »in being able to contribute in any manner to the opening of the Plata, (17) »or of any other in any part of the world, to facilitate and extend the com»merce of our country. But it is not such an easy matter as the petitioners »suppose, to open that which the legal authorities have declared closed. The »petitioners speak of a treaty which, according to them, gives them a right to »the navigation of the River Plate, and amongst the articles of which there »is one that secures a reciprocal free commerce between Great Britain and »the United provinces, and perfect liberty and security for British subjects in »its territory. This article is of the following tenour»—(*The very same which we have transcribed.*) »It appears then by said article, that this country has »only the right to exact that which is conceded to other foreigners......And »the article goes on to state, that the subjects of both countries, will enjoy »perfect security for their commerce, *always subject to the laws and statutes »of the two countries respectively.* So that this country (England) is at the »mercy of a sovereign state, that can impose restrictive laws upon free com»merce, so long as it allows us what the most favoured nation enjoys.».....And answering a question of Lord Ashburton, he added in the course of the debate— »that Buenos Ayres was sovereign of both banks of the river, and prohibited »the entrance further up the River to any power, in the same manner in »which we had the right of prohibiting the passage of any foreign power up »the St. Lawrence.» [18]

The inference to be drawn from all these declarations was, as Lord Aberdeen himself expressed, that »the British Government could not *in justice* compel the Government of Buenos Ayres to concede »to British commerce the »passage to Paraguay by the River Paraná.» (19) But there still remained a method of conquering these difficulties, which was that of leaving the lowest officer of the British or French navy the liberty of proceeding in absolute independence of their Governments, and to force the passage of the Paraná and Uruguay, even at the cannon's mouth, violating treaties, and disregarding the decrees of the Argentine Government.

From no one was the true object of the interfering Governments concealed: all understood that it was not their solicitude for the Oriental independence, which no one threatened, that had brought them to these shores: that their views were not these, and very different their aspirations. But so disguised were their first steps, so false their protestations, so insidious their manœuvres, that it was difficult to ferret out the truth in the midst of so many errors, and enlighten public opinion at such a distance from Europe, where the very official organs made efforts to lead it astray.

The Argentine Government, rigorous in the exercise of its right, full of confidence in its treaties, and above all in the faith of its acts, disdained answering its detracters, and resolved to refute them only when it saw that their falsehoods afforded a theme to the Agents of certain Goverarments to satisfy their rancour. The struggle against France was followed by another against France and England which still lasts, after so many efforts to put an end to it. The Argentine Government, made every concession in its power to restore peace on both banks of the River Plate, with a liberality which proves the purity of its intentions. When it treated with Messrs. Ouseley and Deffaudis, it forgot the offences it had received and the injuries inflicted upon it; its only thought was to obtain the acknowledgment of the rights of the Confederation, because it was its duty to secure them. It acted with equal generosity when, at the pressing request of Baron de Mareuil, it privately indicated its ideas for settling these questions; and the style in which they were compiled shows the anxious desire of avoiding any allusions which might revive the remembrance of past disagreements. The only thing it exacted was the acknowledgment of its rights, and the fulfilment of existing treaties.

After these antecedents, how could the late Envoys of France and England, or their Governments, if it was their instructions which have led them astray, imagine that General Rosas, so firmly determined not to allow the titles of sovereignty of the Argentine Confederation to perish by their hands, would

---

[12] Note of Mr. Guizot, of the 27th November, 1844, to Mr. Mauboussin, *Chargé d'Affaires* of France near the Emperor of Morocco, published in the *Journal des Debats* of the 12th January, 1846.

(13) Despatch of Rear-Admiral Lainé addressed to the so-called Minister for Foreign Affairs in Montevideo of the 10th April 1844.

(14) Session of the French Chamber of Deputies of 28th May 1844.

(15) Despatch of Mr. Guizot to Count St. Aulaire, of the 22nd March 1845.

[16] Decree of the 23rd of November. 1816.

[17] He meant the *Paraná*, because the River Plate, ever since the proclamation of our independence, has been open to the commerce of all nations.

[18] Session of the English House of Lords of the 27th June, 1845.

[19] Answer to Lord Sandon, of 17th August, 1844.

pular en que descansa su poder, y que lo acompaña en todos sus actos. El secreto de este poder está en la fidelidad con que corresponde á la confianza de sus compatriotas, como el de su prestigio se halla en su alta capacidad, en sus virtudes públicas y privadas que hacen de él un hombre extraordinario.

Ni debe suponerse por esto, como parece, que lo han creido los Sres. Howden y Walewski, que el General Rosas pueda sobreponerse á las exigencias de su pais, y hacer concesiones contrarias á su dignidad y decoro. Todas las que le era posible hacer, las hizo cuando trató con el Sr. Hood. No desconocia que estaba en sus facultades pedir indemnizaciones por los inmensos quebrantos que habia sufrido, y sufre la República, de una guerra cruel de intervencion: pero sabia tambien que para el carácter generoso de los Argentinos una satisfaccion honorifica á su bandera tenia mas valor que cualquiera retribucion pecuniaria. Lo demas no era materia de transacciones, porque recaia en los derechos primodiales de la nacion, que están fuera de las atribuciones del poder egecutivo, por mas amplias que sean sus facultades. El derecho de hacer la guerra, de contraer alianzas, de disponer de sus rios interiores, y mas que todo, el derecho natural é imprescriptible de defender su independencia cuando hay quien la amague, son prerogativas inviolables del estado, y no será ciertamente el General Rosas el que las ofrezca en holocausto á la ambicion extrangera.

Lo que pretende el General Rosas es que se respeten estos derechos, y lo que parece que quieren los interventores es invadirlos; y esto explica la dificultad de llegar á un avenimiento, porque, como decia un hombre de ingenio, *nada se saca con discutir con los que no son de la misma opinion que nosotros.* La intencion de la Inglaterra y de la Francia no es de tratar á los Estados Americanos como á naciones independientes, porque los suponen débiles, inexpertos, y tal vez, á causa del carácter de sus instituciones: y la voluntad de los Americanos, así como el deber de sus Gobiernos, es no reconocer supremacias políticas, y no inclinarse ante ningun poder extraño. Todo el arreglo con Mr. Hood, al que los Sres. Howden y Walewski, segun ellos mismos se expresaron, *debian dar una forma regular y práctica,* descansaba en estos principios, que no comprendemos como pueden haber sido olvidados.

Los tres primeros artículos, que tratan de la suspension de las hostilidades, del desarme de los extrangeros armados en Montevideo, y del retiro de las tropas auxiliares Argentinas del territorio Oriental, fueron admitidos por el Gobierno de Buenos Aires con la sola condicion que estos actos debian practicarse con la anuencia y el concurso del Presidente legítimo del Estado Oriental. Esta cláusula fué dictada por un sentimiento de respeto á la independencia del aquel Estado, y de fidelidad á su Presidente legal, el Brigadier Oribe, aliado del Gobierno Argentino. La suspension de las hostilidades, y la cesacion de la guerra eran actos demasiado importantes para realizarse sin la intervencion del que la sostiene por el voto de la gran mayoria de sus compatriotas: y el Gobierno Argentino, y mucho menos los Representantes de dos poderes europeos, no podian dirigirle órdenes sin degradarlo.

El cuarto artículo no ofreció mas dificultad que la de la época del levantamiento del bloqueo, que el General Rosas pidió que fuese simultánea á la cesacion de las hostilidades, y no sucesivo como lo habian propuesto los interventores.

Sobre el quinto artículo relativo á la navegacion de los rios, los Gobiernos interventores no pudieron menos de reconocer los derechos de soberanía de la Confederacion Argentina: pero iludidos con los pronósticos de sus primeros enviados, el Sr. Ouseley y el Baron Deffaudis, sobre las consecuencias inevitables de la sublevacion de los salvages Unitarios en Corrientes, introdujeron en este artículo algunas palabras ambiguas que hacian eventual y precaria la dominacion de estos rios. El General Rosas, con aquella penetracion que forma uno de los rasgos característicos de su talento, se apercibió del lazo que se le tendia, y agregó otras palabras para neutralizar el efecto de las anteriores. De las credenciales que presentaron los nuevos Plenipotenciarios, y de sus mismas notas, no se trasluce el motivo que se tuvo para suprimir la adicion del Gobierno Argentino: pero el calor con que la resistieron Lord Howden y el Conde Walewski, hizo caer el último velo que cubria el objeto de los interventores, que era de dejar un camino abierto para alcanzarlo algun dia.

Por el sexto artículo los Gobiernos de Inglaterra y de Francia pretendian dejar establecido su alegado injusto é inadmisible derecho de intervencion armada.

Esto es en resúmen el espíritu del convenio ajustado con Mr. Hood, en la parte que toca á la Confederacion Argentina, y que debia servir de base al tratado definitivo de paz. Pero tantas fueron las modificaciones que sufrió en el laboratorio ministerial de la Francia y de la Inglaterra, que casi ninguna correspondencia quedaba entre las proposiciones del Agente confidencial, y las de los Plenipotenciarios.

El Gobierno Argentino se prestó al principio á algunos cambios que le parecieron insignificantes: dejó tambien que los Ministros eligiesen alguna vez entre la primera y la última redaccion: pero no pudo consentir en que el artículo quinto, relativo á la dominacion de los rios interiores, quedase reducido á la simple declaracion *del hecho geográfico;* porque comprendió que era el lado mas vulnerable de la negociacion, y el que mas necesitaba ser reforzado.

Sucedió lo que habia sospechado el General Rosas, que sobre la cuestion de los rios los poderes de los Plenipotenciarios eran muy limitados: así es que no extrañó cuando le dijeron que no podian hacer ningun reconocimiento de derechos, debiendo contraerse á declarar, »que el rio Paraná y el Uruguay son aguas interiores,» (sin decir de quien) cuya navegacion quedaba sometida, no á las leyes y reglamentos de la Confederacion Argentina, como lo habian propuesto la primera vez los mismos Gobiernos interventores, por medio de su Agente confidencial M. Hood, sino »á los derechos territoriales que, segun la ley ge»neral de las naciones, son aplicables á las aguas interiores.»

Pero, preguntaremos, ¿con qué título la Inglaterra y la Francia vienen á imponer restricciones al derecho eminente de la Confederacion Argentina de reglamentar la navegacion de sus rios interiores? Y ¿cual es esta ley general de las naciones ante la cual deben callar los derechos del poder soberano del estado, cuyo territorio cruzan las aguas de estos rios? ¡Y qué! ¿la opinion de los abogados de Inglaterra, aunque sean los *de la Corona,* se sobrepondrá á la voluntad y á las prerogativas de una nacion, que ha jurado no depender de ningun poder extraño?

Recuérdese lo que solicitaron estas potencias cuando por primera vez se presentaron para entrar en relaciones con nosotros, y se verá todo el camino que han hecho á fuerza de intrigas y usurpaciones.

Pero los Argentinos no han de pasar por estas demasias: tienen la conciencia de sus derechos, y no cederán á ninguna pretension indiscreta. El General Rosas les ha enseñado prácticamente que pueden desbaratar las tramas de sus enemigos por mas poderosos que sean. Nuestro código internacional es muy corto—*Paz y amistad con los que nos respetan, y guerra á muerte á los que se atreven á insultarnos.*

[Del *Archivo Americano,* fecha 17 del presente Febrero]

hauteur á laquelle ses nouvelles destinées l'ont elevée, [illegible] l'empire des lois, en assurer les institutions, la préserver de l'anarchie, [illegible], en un mot, libre, souveraine et indépendante, voila ses vœux, et personne ne pourra les arracher de son cœur. Sa volonté est aussi inebranlable que le sentiment populaire sur lequel s'appuye son pouvoir, et qui l'accompagne dans tous ses actes. Le secret de ce pouvoir est dans la fidélité avec laquelle il correspond á la confiance de ses compatriotes, comme celui de son prestige se trouve dans sa haute capacité, dans ses vertus publiques et privées, qui en font un homme extraordinaire.

Il ne faut pas supposer pour cela, comme il parait que l'ont cru MM. Howden et Walewski, que le Général Rosas pourrait se mettre au-dessus des exigences de son pays, et faire des concessions contraires á sa dignité et á son honneur. Toutes celles qu'il lui était possible de faire, il les a faites, en traitant avec M. Hood. Il ne méconnaissait pas le droit qu'il avait de demander des indemnités pour les pertes immenses qu'avait essuyées, et qu'éprouve encore la Republique á cause de cette guerre cruelle d'intervention; mais il savait aussi que pour le caractére généreux des Argentins une satisfaction donnée á leur pavillon avait plus de prix qu'une rétribution pécuniaire. Le surplus n'était pas matiére de transactions, retombant sur les droits primitifs de la nation, qui ne sont pas du ressort du pouvoir exécutif, quelques étendues qu'en soyent les attributions. Le droit de declarer la guerre, de contracter des alliances, de disposer des riviéres interieures, et surtout le droit naturel et imprescriptible de défendre son indépendance, quand il y a qui ose l'attaquer, sont des prérogatives inviolables de l'état, et ce ne sera certainement pas le Général Rosas qui les offrira en holocauste á l'ambition étrangére.

Ce que réclame le Général Rosas c'est qu'on respecte ces droits, et ce qui parait que veulent les intervenans c'est les envahir: c'est ce qui explique la difficulté d'arriver á un arrangement; car, comme le disait un homme d'esprit, *on ne gagne rien á discuter avec ceux qui ne sont pas de la méme opinion que nous.* L'intention de l'Angleterre et de la France n'est pas de traiter les Etats Américains comme des nations indépendantes, parce qu'elles les supposent faibles, inexpérimentés, et peutétre aussi á cause de leurs institutions: et la volonté des Américains, ainsi que le dévoir de leurs gouvernemens, est de ne pas reconnaitre de suprématies politiques, et de ne pas se prosterner devant aucun pouvoir étranger. Tout l'accord avec M. Hood, auquel MM. Howden et Walewski, comme ils l'avaient annoncé eux-mémes, *devaient donner une forme réguliére et pratique,* roulait sur ce principe, et nous ne concevons pas qu'on ait pu le méconnaitre.

Les trois prémiers articles qui traitent de la suspension des hostilités, du désarmement des étrangers armés á Montévideo, et de la retraite des troupes auxiliaires Argentines du territoire Oriental, furent admis par le Gouvernement de Buenos-Aires, avec la seule condition que ces actes devaient s'exécuter avec le consentement et le concours du Président légitime de l'Etat-Oriental. Cette clause fut dictée par un sentiment de respect pour l'indépendance de cet Etat, et de fidélité pour son Président légal, le Brigadier Oribe, allié du Gouvernement Argentin. La suspension des hostilités, et la cessation de la guerre étaient des actes trop importants pour les remplir sans l'intervention de celui qui la soutient par le vœu de la grande majorité de ses compatriotes; et le Gouvernement Argentin, et encore moins les Représentants de deux pouvoirs Européens, ne pouvaient lui envoyer des ordres sans le dégrader.

L'article quatriéme n'offrit d'autre difficulté que celle de l'époque de la levée du blocus, que le Général Rosas demanda qu'elle fût simultanée avec la cessation des hostilités, et non pas successive, comme l'avaient proposé les intervenans.

Quant á l'article cinquiéme, relatif á la navigation des riviéres, les Gouvernemens intervenans n'ont pu que reconnaitre les droits de souveraineté de la Confédération Argentine: mais séduits par les prédictions de leurs premiers envoyes, M. Ouseley et le Baron Deffaudis, qui leur exageraient et leur peignirent comme inévitables les consequences de la sublevation des sauvages Unitaires á Corrientes, ils mirent dans cet article quelques mots équivoques, qui rendaient éventuelle et douteuse la domination des riviéres. Le Général Rosas, avec cette pénétration qui est un des traits caractéristiques de son talent, s'aperçut du piége, et ajouta d'autres mots qui neutralisaient l'éffet des antérieurs. Les lettres de créance des nouveaux Plénipotentiaires, et leurs propres notes, ne faisaient pas connaitre les motifs qu'on avait eus pour supprimer l'adition du Gouvernement Argentin: mais la chaleur avec laquelle elle fut combattue par Lord Howden et le Comte Walewski fit tomber le dernier voile qui cachait les projets des intervenans, et qui étaient de laisser une porte ouverte pour leur réalisation future.

Par l'article sixiéme, les Gouvernemens d'Angleterre et de France prétendaient laisser établi leur droit supposé, injuste et inadmissible, d'intervention armée.

Voilá, en peu de mots, l'esprit de l'accord ajusté avec M. Hood, en ce qui regarde la Confédération Argentine, et qui devait servir de base au traité définitif de paix. Mais il subit tant de modifications dans le laboratoire ministeriel de la France et de l'Angleterre, qu'il n'y avait presque plus aucun rapport entre les propositions de l'Agent confidentiel, et celles des Plénipotentiares.

Le Gouvernement Argentin se préta d'abord á quelques changemens qui lui parurent insignifians: il consentit méme quelque fois á ce que les Ministres choisissent entre la premiére et la derniére rédaction: mais il ne put pas permettre que l'article cinquiéme, relatif á la domination des riviéres intérieures, fût réduit á la simple déclaration *du fait géographique;* car il le considerait comme le côté le plus vulnerable de la négociation, et qui exigeait le plus de ménagemens.

Il arriva ce que le Général Rosas avait soupçonné que, sur la question des riviéres, les pouvoirs des Plénipotentiaires étaient trés-bornés: aussi il ne s'étonna pas quand on vin lui dire qu'ils ne pouvaient faire aucune reconnaissance de droits, et qu'ils dovaient déclarer simplement »que le Rio Paraná et le Rio Uru»guay sont des eaux interieures,» [sans dire de qui] dont la navigation était soumise, non pas aux lois et aux réglemens de la Confédération Argentine, comme les mémes Gouvernemens intervenans l'avaient proposé la premiére fois par l'organe de leur Agent confidentiel M. Hood, mais »aux droits territoriaux qui, »d'aprés la loi générale des nations, sont applicables aux eaux intérieures.»

Mais, demanderons-nous, á quel titre l'Angleterre et la France viennent-elles imposér des restrictions au droit éminent de la Confédération Argentine, de régler la navigation de ses riviéres intérieures? Et quelle est cette loi générale des nations devant laquelle doivent se taire les droits du pouvoir souverain de l'état, dont le territoire est arrosé par les eaux de ces riviéres? Eh quoi! l'opinion des avocats de l'Angleterre, fussent-ils méme ceux *de la Couronne,* l'emportera-t-elle sur la volonté et sur les prerogatives d'une nation qui a juré de ne pas se soumettre á aucun pouvoir étranger?

Qu'on se rappele ce que ces puissances demandérent la premiére fois qu'elles se présentérent pour entrer en relation avec nous, et l'on verra tout le chemin qu'elles ont fait á force d'intrigues et d'usurpations.

Mais les Argentins ne se soumettron certainement pas á ces exigences: ils ont la conscience de leurs droits, et ils ne céderont á aucune pretension indiscréte. Le Général Rosas leur a appris pratiquement qu'ils peuvent dejouer toutes les trames de leurs ennemis, quelques puissans qu'ils soient. Nottre code international est trés-court—*Paix et amitié avec ceux qui nous respectent, et guerre á mort á ceux qui osent nous insulter.*

(De l'*Archivo Americano* du 17 de Fevrier courrant.)

have allowed them to be blemished? They but little know the character of this Chief who believe him capable of consenting to the degradation of his country. To preserve it in the state in which its new destinies have placed it, re-establish the preponderance of the laws, secure its institutions, free it from anarchy, finally, to preserve it free, sovereign and independent, are his wishes, and no one can eradicate them from his heart. His will is unchangeable, as is the popular sentiment, upon which his power reposes, and which accompanies all his acts. The secret of this power lays in the fidelity with which he responds to the confidence of his countrymen, as that of his popularity consists in his high capacity, and in his public and private virtues, which render him an extraordinary man.

Nor ought it to be supposed, as Messrs. Howden and Walewski seem to have believed, that General Rosas can be indifferent to the exigencies of his country and make concessions contrary to its dignity and self-respect. He made all those he possibly could when treating with Mr. Hood. He well knew that he could exact indemnifications for the immense injuries which the Republic had suffered and still suffers from a cruel war of intervention: but he also knew that for the generous Argentine character, an honourable satisfaction to its flag, was of greater value than any pecuniary retribution. The rest were not matters for compromise, for they belonged to the primordial rights of the nation, which are beyond the attributions of the Executive Power, however ample its power may be. The right of carrying on war, of forming alliances, of disposing of its interior rivers, and particularly the natural and inalienable right of defending its independence when threatened, are inviolable prerogatives of the State, and certainly it is not General Rosas who will offer them as a sacrifice to foreign ambition.

What General Rosas intends is that these rights should be respected, and what the interventors appear to desire is to violate them; and this explains the difficulty of coming to an arrangment; for, as a certain man of genius said, *nothing is obtained by discussing with those who are not of the same opinion as ourselves.* The intention of England and France is not to treat the American States as independent nations, because they suppose them weak, inexperienced, and perhaps owing to the character of our institutions: and the will of the Americans, as well as the duty of their Governments, is to acknowledge no political supremacy, and not to prostrate themselves before any foreign power. All that was arranged with Mr. Hood, to which Messrs. Howden and Walewski, as they expressed themselves, *were to give a regular and practicable form,* was based upon these principles, and we cannot comprehend how they can have been forgotten.

The three first articles, which treat of the suspension of hostilities, of the disarming of the armed foreigners in Montevideo, and the withdrawal of the Argentine auxiliary troops from the Oriental territory, were admitted by the Government of Buenos Ayres, with the sole condition that these acts were to be practised with the concurrence and consent of the legal President of the Oriental State. This clause was dictated by a sentiment of respect towards the independence of that State, and of fidelity to its legal President, Brigadier Oribe, ally of the Argentine Government. The suspension of hostilities and the cessation of the war were acts too important to be realized without the intervention of him who sustains it by the voice of the great majority of his countrymen; and the Argentine Government, and much less the Representatives of two European powers, could not dictate orders to him without degrading him.

The fourth article offered no other difficulty than that of the time of raising the blockade, which General Rosas requested should be simultaneous with the cessation of hostilities, and not after it, as proposed by the interventors.

Respecting the fifth article, relating to the navigation of the rivers, the interfering Governments could not but acknowledge the rights of sovereignty of the Argentine Confederation; but deceived by the prognostication of their first envoys, Mr. Ouseley and Baron Deffaudis, respecting the inevitable consequences of the revolt of the ruthless Unitarians in Corrientes, they introduced some ambiguous words in this article, which rendered the domination of these rivers eventual and uncertain. General Rosas, with that penetration which constitutes a characteristic trait of his talent, perceived the snare prepared for him, and added other words to neutralize the effect of the former ones. The motive for suppressing the addition made by the Argentine Government, does not appear in the credentials presented by the new Plenipotentiaries, nor in their notes: but the warmth with which Lord Howden and Count Walewski resisted it, removed the last veil that concealed the object of the interventors, that of opening a path to obtain it at some future period.

By the sixth article the Governments of England and France pretended to leave established their supposed unjust and inadmissible right of armed intervention.

This is in substance the spirit of the agreement adjusted with Mr. Hood, in the part relating to the Argentine Confederation, and which was to serve as a basis for the definitive treaty of peace. But so many were the modifications it underwent in the Ministerial laboratory of France and England, that scarcely any resemblance remained between the propositions of the confidential Agent and those of the Plenipotentiaries.

The Argentine Government at first agreed to some changes which appeared insignificant: it also allowed the Ministers at one time to choose between the first and last wording; but it could not consent to the fifth article, relating to the dominion of the interior rivers, remaining reduced to the simple declaration *of the geographical fact:* for it comprehended that it was the most vulnerable part of the negociation, and which most required strenghtening.

It happened as General Rosas had suspected, that upon the question respecting the rivers, the power of the Plenipontentiaries was very limited: consequently he was not surprised when they told him that they could make no acknowlegment of rights, being obliged to limit themselves to declare, »that the Rivers Paraná and Uruguay are interior waters,» (without stating to whom they belong), the navigation of which remains subject, not to the laws and rules of the Argentine Confederation, as the interfering Govenments at first proposed through their Confidential Agent Mr. Hood, but »to the territorial rights which, according to the general law of nations, are applicable to interior waters.»

But we ask, with what title does England and France impose restrictions upon the eminent right of the Argentine Confederation in laying down rules for the navigation of its interior rivers? and, which is this general law of nations that is to silence the rights of the sovereign power of the State, whose territory is bathed by the waters of these rivers? What! will the opinion of the British lawyers, even though they be those *of the Crown,* outweigh the will and prerogatives of a nation that has sworn not to be dependent on any foreign power?

Let it be remembered what these powers solicited when for the first time they presented themselves to enter into correspondence with us, and the progress they have made by force of intrigue and usurpations will be seen.

But the Argentines will not consent to these excesses; they know their rights, and will not cede to any indiscreet pretension. General Rosas has practically taught them that they can destroy the intrigues of their enemies however powerful they may be. Our international code is very short—*Peace and friendship with those that respect us, and eternal war to those who dare insult us*

(From the »Archivo Americano» of the 17th inst.)

INDICE

De los articulos contenidos en este numero.

Sesion de 7 de Agosto de 1847 en que se aprueba la conducta de la Comision permanente 5
Nota del Poder Ejecutivo de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederacion Argentina, de 28 de Julio de 1847, elevando á la H. Sala de Representantes los documentos relativos á la negociacion con los Ministros de Inglaterra y Francia, Lord Howden y Conde Walewski .... id.
N.° 1—Nota del Ministro de Relaciones Exteriores, de 8 de Mayo, al Conde Walewski, permitiendo su desembarque 35
» 2—Nota de Lord Howden de 11 de Mayo, solicitando entrar en comunicaciones personales con el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.... 36
» 4—Contestacion del Sr. Ministro, indicando el dia para una entrevista. 37
» 3—Nota del Conde Walewski de 11 de Mayo, solicitando entrar en comunicaciones personales con el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.... 38
» 5—Contestacion del Sr. Ministro de 11 de Mayo, indicando el dia para una entrevista 40
» 6—Nota de Lord Howden, de 14 de Mayo, acompañando un proyecto de Convencion para las cinco partes interesadas 41
» 8—Convencion para la pacificacion del Rio de la Plata .... id.
——Forma para el Gobierno Ingles 44
—— Id. para el Gobierno Frances 45
—— Id. para el General Rosas 46
—— Id. para el General Oribe 47
—— Id. para el Gobierno Montevideano 48
7—Nota del Conde Walewski de 14 de Mayo, acompañando un proyecto de Convencion para las cinco partes interesadas 49
» 9—Convencion para la pacificacion del Plata 50
» 10—Nota del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de 28 de Mayo, adjuntándole un proyecto de Convencion del Gobierno de Buenos Aires, acompañado de un memorandum explicativo 53
» 12—Convencion para la paz de las Repúblicas del Rio de la Plata 54
——Forma para el Gobierno de la Confederacion Argentina 57
—— Id. para el Gobierno de S. M. B 60
—— Id. para el Gobierno de S. M. el Rey de los Franceses 63
» 14—Memorandum explicativo 66
11—Nota del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de 28 de Mayo al Conde Walewski, adjuntándole un proyecto de Convencion del Gobierno de Buenos Aires, acompañado de un memorandum explicativo 76
» 13—Convencion para la paz de las Repúblicas del Rio de la Plata 77
——Forma para el Gobierno de la Confederacion Argentina 80
—— Id. para el Gobierno de S. M el Rey de los Franceses 83
—— Id. para el Gobierno de S. M. B 86
» 14—Memorandum explicativo 89
» 15—Nota colectiva del Conde Walewski y de Lord Howden, de 3 de Junio, no admitiendo el proyecto de Convencion del Gobierno de Buenos Aires 99
» 17—Contestacion del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de 13 de Junio á la anterior nota colectiva 106
» 16—Nota colectiva de Lord Howden y del Conde Walewski, de 3 de Junio, al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, no admitiendo el proyecto de Convencion del Gobierno de Buenos Aires 121
» 18—Contestacion del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, de 13 de Junio, á la anterior nota colectiva 129
» 19—Nota para agregarse á la Convencion presentada por los Ministros Plenipotenciarios 144
» 20—Artículos de la Convencion modificados 146
» 21—Nota del Ministro de Relaciones Exteriores de S. M. B., acreditando á Lord Howden cerca del Gobierno de la Confederacion 147
» 22—Nota del Ministro de Relaciones Exteriores de S. M. el Rey de los Franceses acreditando al Conde Walewski cerca del Gobierno de la Confederacion .... id.
» 23—Nota sobre la denominacion que debe darse en la Convencion al Exmo. Sr. Presidente legal del Estado Oriental 148
» 24—Modificacion del artículo 1.° de la Convencion 149
» 25—Modificacion sobre el reconocimiento de Presidente legal, por parte de los contratantes, del candidato nuevamente electo .... id.
» 26—Nota de Lord Howden de 23 de Junio, haciendo una declaracion sobre las banderas Inglesas que ha solicitado 150
» 27—Contestacion del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, de 24 de Junio, á la nota anterior 151
» 28—Modificacion de los Ministros Plenipotenciarios sobre la denominacion del Sr. Presidente legal del Estado Oriental 153
» 29—Id. id. sobre el artículo 1.° de la Convencion .... id.
» 30—Id. id. sobre el artículo 2.° .... id.
» 31—Id. id. sobre el artículo 3.° 154
» 32—Nota colectiva de Lord Howden, y del Conde Walewski, de 30 de Junio, pidiendo al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores le señale el dia en que puedan despedirse de S. E. .... id.
» 33—Id. del Conde Walewski y de Lord Howden, con el mismo objeto .. 155
» 34—Contestacion del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de 1.° de Julio á la nota colectiva de Lord Howden y del Conde Walewski 156
» 35—Contestacion del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, de 1.° de Julio, á la nota colectiva del Conde Walewski y de Lord Howden 159
» 36—Nota del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores del Estado Oriental, adjuntando al de igual clase de la Confederacion, una nota de los Ministros Plenipotenciarios, solicitando de aquel Gobierno un armisticio 161
» 37—(*Nota N.°* 1)—Nota de los Ministros Plenipotenciarios, de 7 de Julio, solicitando un armisticio del Sr. Presidente legal, General D. Manuel Oribe 164
» 38—(*Nota N.°* 2)—Proposicion del armisticio por los Ministros Plenipotenciarios .... id.
» 39—(N.° 3) Fórmula de la admision de las proposiciones para el armisticio .... id.
» 40—(*N.°* 4.) Forma de las copias respectivas 165
» 41—Nota de Lord Howden de 15 de Julio al Sr. Presidente legal, General D. Manuel Oribe, en que le comunica el levantamiento del bloqueo en ambas riberas del rio, por parte de la Inglatera, y solicita del mismo confirme la amnistia acordada anteriormente con el Sr Hood 166
» 42—Contestacion de S. E. el Sr. Presidente legal, á la nota anterior .... id.
» 43—Nota de Lord Howden de 15 de Julio al Comodoro Herbert encargándole de levantar el bloqueo en ambos lados del Rio de la Plata 167
Mocion del Diputado D. Lorenzo Torres 169
Minuta de comunicacion presentada por la Comision de Negocios Constitucionales 170
Proyecto de decreto presentado por la misma 175
Discurso del Diputado Torres (D. Eustaquio) 177
» » Garcia (D. Baldomero) 183
» » Torres (D. Lorenzo) 211
» » Ximenez 256
» » Soler 265
» » Saenz-Peña 270
» » Cárcoba .... 2[illegible]3
» » Campana .... 293.
» » Riglos 304
» » Benites 307
» » Lopez 310
» » Torres (D. Lorenzo) 312
Mision de Lord Howden y del Conde Walewski, (artículo de la *Gaceta Mercantil*) 315
De la última mision Anglo-Francesa al Rio de la Plata (artículo del Editor del *Archivo*) 422

Editor Responsable—Pedro de Angelis.

(*Del mismo.*)

¡Viva la Confederacion Argentina!
¡Mueran los salvages unitarios!

Aviso de la Policia.

CON fecha 19 de Noviembre del año próximo pasado se previno al público que los Viernes y Sabados de cada semana se annunciarian por ios diarios de la Capital el Comisario y dos Oficiales del Departamento que en la siguiente debian ser encargados de la vigilancia de la venta de la carne, del pan, de todos los artículos de pesa y medida, del alumbrado, aseo de las calles y demas superiores decretos vigentes y reglamentos de Policia; y habiendo llegado el caso de hacer efectiva la medida anunciada, quedan nombrados para la próxima semana el Comisario Don Francisco Cámara y los oficiales Don Juan Montesdeoca y Don Juan Madera.

Esto será sin perjuicio del celo sobre aquellos ramos que deben tener los Comisarios de Seccion y demas Empleados del Departamento.

Moreno

¡Viva la Confederacion Argentina!
¡Mueran los salvages uninarios!

Interesante

A los aficionados á la lectura.

SE venden las obras siguientes; D. Quijote de la Mancha, el Escoses, el Bravo, los Templarios, el Nigromántico y Bellezas de las Cruzadas. Su precio es módico y estan nuevitas.

Ocurrase á la calle de Chile, frente al número 183. f17—3*

SE VENDE.

UNA casa situada en la calle larga de Barracas, media cuadra antes de llegar á las tres esquinas, muy acreditada y buena para cualquier establecimiento, con 75 varas de pared cercada por los cuatro costados, tiene 8 piezas de habitacion y á mas una cocina muy capaz para fonda ó cualquier otro establecimiento; las paredes de dicho establecimiento son todas dobles donde cargan su tiranteria y alfagia de lapacho crespo, tiene un algive y un pozo de agua dulce, los fondos alcanzan á cuatrocientas y siete varas de la calle larga á la otra que va para el puente de Barracas.

El que guste hacer trato véase con el que subscribe, que vive en su propia casa: á qualquiera hora, siendo el dueño de dicho establecimiento.

Benito Garcia. f17—6p

¡Viva la Confederacion Argentina!
¡Mueran los salvages unitarios!

Academia de Jurisprudencia-Teorico Practico.

El infrascripto pone en conocimiento de los Sres. practicantes juristas, que el 1.° de Marzo entrante tendrá lugar la apertura de las Sesiones Académicas del año, en el lugar de costumbre á las cinco y media de la tarde.

Buenos Aires, Febrero 22 de 1848.

Daniel Maria Cazon.
(Secretario)

Editor Responsable:
SANTIAGO KIERNAN—